



BOLSILIBROS
EASA

Fred
Hercey

TERROR



**SOMBRA
SINIESTRAS**

TEEN



© FRED
HERCEY

Derechos
reservados por:
EDITORIAL
ANDINA, S.A.

Polígono
Industrial de
Pinto

PINTO
(Madrid)

Director
responsable:

Gregorio
Ovejero

Publicación
semanal

Aparece
los viernes

ISBN
84-06-01630-2

Depósito
legal: 38.497 –
1978

Printed in
Spain

LITOPRINT,
S.A.

Villafranca
del Bierzo, 32
Fuenlabrada
(MADRID)



EDITORIAL
ANDINA, S.A.

**SOMBRA
SINIESTRA**

**Fred
Hercey**

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia

CAPITULO 01

E

L furgón de la funeraria se adentró por el camino que conducía rectamente a la enorme mansión del doctor Cooper,

El conductor del furgón y el hombre sentado junto a él, también empleado de la funeraria, no se recataban de evidenciar el nerviosismo que les producía el traslado de ese cadáver.

De cuando en cuando miraban atrás, al ataúd de pino sin pintar que transportaban. Como si temiesen que su tapa fuera a levantarse de un momento a otro y el muerto amenazase con salir del ataúd y reanudar su alucinante carrera de crímenes horribles.

Sólo Jay Fisher, el sheriff de Waden City, sentado junto a la portezuela, se mostraba tranquilo, sereno.

Para él, ese corto viaje desde el pueblo a la mansión del doctor Cooper llevando el cadáver de James Milton, significaba el fin del capítulo más importante de su carrera al servicio de la Ley y del orden. Al fin podía respirar tranquilo, con ese mismo alivio que produce despertar de una horrible pesadilla.

Waden City era una próspera ciudad del Estado de Arizona. Una ciudad erigida a orillas del río Gila, que regaba sus fértiles vegas, proporcionando una riqueza natural, acrecentada por el trabajo de los hombres. Una ciudad tranquila, pacífica, que gozaba el privilegio del turismo interior.

Todo empezó una noche, que en apariencia no se diferenciaba en nada de las demás noches en la ciudad. Bares, cafeterías, clubs nocturnos encendieron sus letreros luminosos y se dispusieron a recibir a los clientes de rigor.

Pero esa noche ocurrió algo. Una mujer apareció muerta en su casa. Alguien le había seccionado la yugular de un terrible tajo.

Jay inició pesquisas.

Se trataba de una mujer que ganaba su vida comerciando con su cuerpo. Pero todos los posibles sospechosos presentaron coartadas inabordables. Tampoco el móvil del crimen fue el robo.

Jay se encontró en un callejón sin salida. Hasta que ocurrió la segunda muerte. Esta vez se trataba de un hombre de negocios. Un hombre bueno y afable. Un esposo fiel y ordenado. El asesino había empleado el mismo método que con la mujer. Un tajo en la garganta.

Otra coincidencia hizo que Jay sospechara que las dos muertes

habían sido obra de un mismo asesino. Dos testigos declararon haber escuchado una musiquilla de armónica unos minutos antes de la hora establecida por el médico forense en la que se había producido la muerte de la mujer. Coincidían en afirmar que se trataba de una especie de melodía rara, escalofriante. Más bien una serie de notas suaves, carentes de un ritmo definido. Pero música al fin.

Otros testigos declararon eso mismo cuando se produjo el asesinato del hombre de negocios. También habían oído esa rara música emitida por una armónica.

Vicky Hatton, la joven periodista del diario local «The Clarion», fue la primera en comentar si no se hallaban ante un loco asesino, ante un criminal comparable a Jack el Destripador o al Vampiro de Dusseldorf.

Cuando se produjo el tercer asesinato, a sangre fría y por el mismo método, se desató una psicosis de miedo en Waden City. Un terror colectivo que hizo cambiar en cierto modo la vida y las costumbres de la ciudad. Sobre todo las costumbres nocturnas. Porque el misterioso asesino de la armónica y la cuchillada en la garganta actuaba siempre de noche.

Después todo resultó alucinante. Los crímenes se sucedieron con mayor frecuencia. Sin otra causa aparente que sembrar el pánico, que dar rienda suelta a los instintos asesinos de un loco.

Siete víctimas en total. Y el consiguiente bromazo a cargo de unos gamberros habituales. Unos amigos que quisieron embromar a otro. La extraña melodía del asesino había llegado a hacerse popular. Y de pronto empezó a sonar una noche junto a la ventana de un hombre grueso y pusilánime.

El pobre hombre salió a la calle en paños menores, a medio afeitar y dando voces de auxilio. Luego se descubrió que todo era debido a una broma de unos amigos.

Jay les impuso un correctivo, les soltó una bronca fenomenal. Eso fue en realidad lo único gracioso que ocurrió durante el tiempo que el asesino actuó en Waden City. Todo lo demás estuvo impregnado de sordidez, de macabro sadismo. La crueldad más repugnante presidió todos los pasos de ese hombre.

Los habitantes de Waden City montaron un servicio especial de vigilancia durante las noches, bajo la dirección de Jay. Hombres armados se distribuían por todos los barrios, efectuando continuos recorridos para actuar a la menor señal de alarma. Turnos en los que no dejó de participar ningún hombre hábil para manejar un arma.

Y una noche, Jay recibió una llamada. La llamada de una mujer dominada por el pánico. Un pánico atroz, horrible.

La musiquilla de la armónica del asesino sonaba cerca de su casita, algo apartada de los demás y rodeada por un jardín.

Jay acudió rápidamente.

No pudo salvar la vida de esa mujer. El criminal había entrado ya en acción. Pero llegó a tiempo de darle caza, de perseguirlo y acorralarlo.

Se trataba de James Milton. Un hombre joven y fornido.

James había sufrido un grave accidente de automóvil. La parte frontal de su cráneo se fracturó y eso le retuvo varios días en un lecho luchando entre la vida y la muerte.

La vida triunfó al fin. La Naturaleza se impuso sobre su destructora. Pero el cerebro de James sufrió un trauma. Más de seis meses en un Sanatorio psiquiátrico.

Cuando salió, no era el mismo hombre simpático y afable de antes del accidente. Se había convertido en un ser huraño, introvertido y hosco. Un hombre deformado también en su aspecto físico por la terrible cicatriz, de su frente, que lo convertía en un hombre casi monstruoso.

Bien, James Milton había sido ajusticiado. Su cadáver estaba allí, dentro del ataúd de pino sin pintar.

El doctor Cooper había solicitado la concesión del cuerpo para realizar ciertos experimentos científicos acerca de las propiedades del cerebro humano.

Peter, el hermano de James, no había puesto inconveniente ninguno para esa concesión. Y las autoridades tampoco.

Jay abandonó el hilo de sus pensamientos cuando el furgón fúnebre traspasó la amplia verja de hierro que daba entrada al parque cubierto de frondosos árboles que rodeaba la mansión de Cooper.

Ya estaban allí. Dentro de unos momentos se separarían del cadáver. Entonces todo el asunto del loco asesino quedaría terminado.

El conductor frenó junto al porche de entrada, formado por dos columnas de mármol blanco, que soportaban la terraza de la planta superior.

Bajaron del coche.

La caseta de madera se estremeció cuando un enorme perro lobo salió de ella para acercarse a los visitantes todo cuanto le permitía la sólida cadena.

Ladró, gruñó y enseñó sus dientes a los tres hombres.

Jay pulsó el botón del timbre.

Al sheriff no le gustaba la mansión. El elevado muro que rodeaba el parque, los árboles y la misma forma de la casa hacían pensar en una especie de panteón gigantesco. Además le producía escalofríos pensar en el trabajo del científico.

Cooper solicitaba la concesión de cadáveres con mucha frecuencia. Resultaba repugnante imaginarlo en su laboratorio troceando cuerpos humanos y examinando cerebros con tanto placer

como el de un coleccionista de sellos contemplando los ejemplares más raros de su colección.

El doctor Cooper en persona les franqueó la entrada.

—Discúlpeme —dijo—. Estoy solo. Mi ayudante ha tenido que ir a San Francisco y tardará en regresar una semana o más. Pasen por aquí. Pueden dejar eso en el laboratorio.

El doctor Cooper era un hombre bastante alto y extremadamente delgado. Tanto, que su rostro daba la sensación de una calavera que había sido recubierta con un fino pellejo. Un pellejo muy arrugado. Porque Cooper rondaba ya los setenta años de edad.

Sólo los ojos, de un acusado tono gris, tenían vivacidad en ese rostro apegaminado. Ojos que reflejaban la inteligencia de una mente privilegiada.

Los empleados de la funeraria se encargaron de colocar el ataúd en un carrito y llevarlo hasta el laboratorio, cuya puerta se abría en la parte derecha del hall.

Jay paseó su mirada por la estancia, amplia, de forma rectangular.

Las vidrieras cubrían casi por entero las paredes. Vidrieras repletas de frascos, tubos, cajas misteriosas de color plata...

En el centro, una mesa de operaciones, moderna. Junto a ella, una mesa portátil que contenía toda clase de instrumental médico. Y un par de mostradores embaldosados, sobre los que había más frascos, probetas y toda esa serie de objetos y aparatos que caracterizan el laboratorio de un sabio.

El doctor Cooper había heredado una buena fortuna de sus padres. Médico eminente, podía haber acrecentado esa fortuna de haberse dedicado a la medicina. Pero lo suyo era la investigación. Y dedicó a eso todo su dinero.

La mayor parte de la gente lo admiraba. Pero bastantes personas decían de él que era un viejo chiflado, un maniático que jamás descubriría nada provechoso para la Humanidad.

Jay levantó la tapa del ataúd.

—Es un simple formulismo —dijo—. La ley es la ley. Se comprende que el difunto no va a escaparse del ataúd. Pero me gusta cumplir todos los requisitos. Firme aquí, doctor. Es un justificante de que le he hecho entrega del cadáver de Milton.

Cooper firmó y entregó unas monedas a los dos empleados.

—Gracias, doc —dijo uno de ellos—. Dígame. ¿Qué piensa hacer con ese fiambre? ¿De verdad cree que ese tipo tiene algo aprovechable? Bueno. Yo, por si acaso, diré a mi mujer que no compre salchicha durante unos días.

El compañero rio fuerte. Una risa que interrumpió de súbito al ver la intensa seriedad del rostro de Cooper.

No. El científico no tenía sentido del humor. No entendía que nadie pudiera tomarse a broma una cosa tan seria. En realidad era como si viviese en otro mundo diferente.

—Olvídelo, doctor —refunfuñó el bromista.

Cooper les mostró un frasco grande, de extraño aspecto, en cuyo tapón había adosadas unas gomas que partían de un raro aparato.

—Miren esto —dijo con esa especie de elevación que adquiere el hombre muy culto cuando habla con un profano—. ¿Saben lo que es? Un cerebro. El cerebro de un hombre que fue ajusticiado en la cámara de gas en San Francisco. El cerebro de otro tipo tan deformado moralmente como James Milton.

—¿Para qué quiere ese cerebro? —susurró el empleado de la funeraria—. Me parece que es como guardar el carburador de un coche viejo al comprar otro nuevo. Pero un carburador que no sirve para el otro motor.

Una leve sonrisa de conmiseración apareció en los pálidos labios de Cooper.

—El hombre que no entiende es como el que camina entre tinieblas —adujo—. No se da cuenta de lo que puede haber a su alrededor.

Guardó un corto silencio antes de decir:

—Es posible que los hombres puedan ser devueltos a la vida después de muertos.

—¿Usted espera volver a la vida a James Milton? —exclamó el otro.

La sonrisa de Cooper fue enigmática. Y su respuesta también:

—No quiero adelantar acontecimientos. La Ciencia tiene la última palabra. Es posible que ustedes vean cosas maravillosas aún. El dueño de ese cerebro que ven ahí era un asesino nato. Milton sufrió una deformación cerebral a causa de un accidente. Eso forma parte de mi investigación. Lo otro...

Los empujó suavemente hacia la salida.

Unos minutos más tarde emprendían el camino de regreso.

—Ese doctor me da escalofríos —masculló el conductor—. Me parece que empiezo a entender por qué dicen algunos de él que está chiflado. Resucitar a un hombre. Eso sólo se ve en las películas de Frankenstein.

—Tranquilo —sonrió Jay—. No mezclemos la fantasía con la realidad.

El furgón se detuvo junto a la oficina de Jay, que se apeó del coche.

Una vez adentro, el joven se dejó caer en la butaca situada junto a la gran mesa de escritorio.

Respiró hondo.

Bien. Waden City volvía a ser una ciudad que respiraba paz y tranquilidad después de la turbación pasada.

La normalidad volvía a sus calles, a sus habitantes. La psicosis de terror cedía al fin. Todos volvían a respirar tranquilos. Y él más fuerte que ningún otro.

Pensó en el doctor Cooper, en sus palabras acerca de la posible resurrección de un hombre muerto.

Por un momento la idea de que Cooper pudiese volver a la vida a Milton se clavó en su mente de una manera obsesionante.

Pero la desechó.

Fantasías de un viejo chiflado, que había quemado su vida seccionando miembros y estudiando vísceras humanas.

Eso era imposible.

Se sirvió una generosa ración de café y decidió olvidarse de Milton y del doctor Cooper. Ajeno por completo a los próximos acontecimientos, que iban a provocar una nueva psicosis de terror en Waden City. Porque los golpes sobre heridas abiertas son más dolorosos que los primeros.

* * *

La señora despertó al sentir contra el rostro el fresco contacto de una ráfaga de viento.

Consultó su reloj de pulsera.

Las diez de la noche.

Buena hora para retirarse. Su esposo no tardaría en regresar. Pero la buscaría en casa.

Antes de la aparición del asesino, Farbes acudía siempre a buscarla al parque de la ciudad, que se extendía en su parte Oeste. Muy cerca de la casita que habitaban su esposo y ella.

Después no se atrevió nadie a salir de casa a partir de ciertas horas de la noche. Eso hizo que se acostumbrase a permanecer entre las paredes de su casa, corriendo postigos y cerrojos. Pero ahora que todo había vuelto a la normalidad, quería que su esposo adquiriese la vieja costumbre de buscarla en el Parque.

La señora Farbes, bostezó. Después, paseó su mirada por los bancos, las fuentes y los árboles.

La pérgola, cubierta por enredaderas parecía dotada de vida propia al ser agitadas las ramitas por el suave vientecillo de la noche.

Pero no infundía temor alguno. Todo respiraba tranquilidad. Desde allí podía ver algunos letreros luminosos que señalaban lugares de esparcimiento nocturno. Y también divisaba la silueta de su casita.

Nada había que temer ya. Waden City era la misma ciudad de siempre. Sin el horrible trauma que mantuvo en vilo a todos sus

habitantes.

Mina Farbes era una mujer joven y bonita. Después de dos años de matrimonio, cuando esperaba la llegada de un hijo, se sentía inmensamente feliz.

La suerte les empezó a sonreír desde que Farbes regresó de la excursión a México. Excursión organizada por un grupo de antiguos miembros de la Universidad, residentes todos en Waden City.

El viaje resultó trágico para Ben Turner, que encontró la muerte al precipitarse su coche al mar desde lo alto de un acantilado. Pero Farbes sacó su negocio a flote a partir de su regreso.

De pronto le llegaron las notas emitidas por una armónica.

Se detuvo.

Sintió frío en sus entrañas. Un ramalazo de temor pareció paralizar los latidos de su corazón.

Reaccionó mediante un esfuerzo de su voluntad.

No podía ser. James Milton estaba muerto. La justicia había hecho pagar con la muerte los crímenes del asesino. La opinión pública estaba tan soliviantada, que no prosperó el alegato de enajenación mental propuesto por la defensa. Se consideró a James Milton en plenitud de sus facultades mentales. Y los muertos no resucitan.

La musiquilla continuó sonando. Muy leve, muy suavemente.

Escuchó con mayor atención.

Sí. Era la misma musiquilla que James Milton arrancaba a su armónica antes de caer sobre sus víctimas. Y resonaba allí mismo, en el Parque. Muy cerca de ella. Entre los árboles que la rodeaban.

Un sudor frío bañó su cuerpo.

No podía ser. Sin duda sufría una alucinación. El temor a ver aparecer al cruel asesino había llegado a ser tan profundo durante las últimas semanas, que todos estaban obsesionados.

Sin embargo, la musiquilla se acercaba a ella.

La joven señora Forbes se sintió como paralizada. Se dio cuenta de que sus miembros se negaban a obedecer los firmes dictados de su corazón y su cerebro. No acertaba a mover un sólo músculo.

Trató de calmarse.

Lo más seguro era que se tratase de algún niño.

La armónica calló de pronto. Con la misma rapidez con que se habían elevado sus notas escalofrantes.

Los setos situados a su espalda se agitaron.

Divisó una sombra que se movía entre las plantas que adornaban el Parque. Una sombra que se le antojó siniestra.

La sombra apareció de súbito a su lado.

Entonces pudo ver al hombre.

Se le desorbitaron los ojos al distinguir el rostro. El rostro de

James Milton con su horrible cicatriz en la frente y los costurones en las mejillas. Pero un rostro rígido ahora, hierático. Un rostro en el que sólo los ojos adquirirían movilidad. Ojos que destilaban odio, odio cruel, envenenado.

Vio el cuchillo de ancha hoja de acero que empuñaba James.

La mujer reaccionó al fin. Cuando ya la mano izquierda del aparecido se extendía hacia ella.

Su garganta inició un agudo grito de terror. Al mismo tiempo giró su cuerpo para correr, para alejarse de la horrible visión.

La mano la atrapó antes de que diese un solo paso. La retuvo con fuerza.

El cuchillo se movió con rapidez.

Murió el grito de una manera súbita. Fue reemplazado por un electrizante gorgoteo.

El asesino emitió una bronca carcajada. La risa de alguien que acaba de conseguir una de las cosas que más ambicionaba en su vida.

No se molestó en tomarla entre sus brazos para depositarla en el suelo. Dejó que se desplomase.

La sangre manaba a borbotones por la herida de la garganta. Sangre que salpicó en todas direcciones al chocar el cuerpo contra el suelo de tierra y gravilla.

El asesino la contempló durante breves momentos. Brillando su mirada de una manera especial.

—Este es el principio de mi venganza —musitó—. El principio del fin para un puñado de canallas. La empiezo con una mujer y la acabaré con otra. Las dos sois inocentes en el fondo. Pero las dos tenéis que morir.

Limpio la hoja del cuchillo en las ropas del cadáver y se alejó por entre los árboles.

CAPITULO 02

J

AY Fisher estaba en su oficina conversando con Vicky Hatton cuando *sonó el timbre del teléfono*.

La joven periodista se proponía escribir para el periódico local una serie de reportajes sobre la actuación de James Milton. Una serie de reportajes pensados con serenidad objetiva. Para eso necesitaba la colaboración del sheriff, del viejo amigo de la infancia.

Eso era algo que alegraba mucho a Jay. Porque le permitía tener cerca a la hermosa muchacha.

Jay siempre había estado enamorado de Vicky. Pero la joven se empeñaba en considerarlo como a un amigo. Casi como a un hermano.

Ella se prometió a Ben Turner. Un apuesto en las tareas periodísticas.

Cuando Ben murió en México, la mujer sufrió una profunda crisis. Pero ya se había sobrepuesto a ella. Era otra vez la Vicky Hatton de siempre. Sólo que continuaba considerándolo como a un amigo, mientras era asediada por Robert el dueño del «The Clarion». Un hombre tenaz, enamorado también de siempre de Vicky.

El sheriff tomó el aparato y preguntó el objeto de la llamada.

Una voz masculina, muy excitada, empezó a decir:

—Algo ha ocurrido en el Parque, sheriff. Algo horrible. Me encontraba tomando el fresco en una mecedora, en el jardín de mi casa, cuando pude escuchar esa musiquilla de armónica que todos conocemos. Me refiero a la del asesino Milton. Poco después oí un grito horrible. Estoy seguro de que lo lanzó una mujer. El grito se cortó de súbito. Luego estalló una especie de carcajada, que puso frío en mis venas. Estoy seguro de que ha ocurrido algo.

—Está bien. Cállese. Iré al Parque. Pero no creo que sea nada de lo que imagina. Recuerde que James Milton está muerto. Creo que todos estamos nerviosos aún.

Dejó el aparato sobre la horquilla.

Se miraron los dos jóvenes en silencio.

—¿Lo has oído? —preguntó Jay.

—Sí.

—¿Qué opinas?

—Suponiendo que ese hombre tenga razón, que no haya sido traicionado por sus nervios... Bueno. Es posible que alguien quiera hacer de las suyas haciendo creer que Milton ha regresado de su

tumba. Un buen golpe de efecto. Pero de terribles resultados. El miedo va a hacer estragos entre la gente.

Salieron juntos.

—Voy contigo, Jay. No quiero perderme una información de primera mano.

Jay conectó el encendido y arrancó a gran velocidad.

—El doctor Cooper insinuó algo acerca de una posible vuelta a la vida de los muertos. Quizá lo dijo para impresionarnos. Pero es seguro que muchas de sus investigaciones estén encaminadas en ese sentido.

El sheriff giró el volante para enfilar la amplia cinta asfaltada de la California Street.

Allí terminaba Waden City y se iniciaba la carretera que conducía rectamente hasta Phoenix, la capital del Estado.

Al rebasar las últimas casas, torció por el camino que llevaba hasta el cercano Parque.

Frenó junto a una de las entradas abiertas entre la barrera de setos que rodeaba el Parque.

Vicky y él se adentraron por entre los árboles.

El sheriff alumbró el camino con la luz de su potente foco eléctrico.

—Vamos por aquí —dijo a su compañera—. Ese hombre vive en esas casitas. Si de verdad ha oído todo lo que dice, no ha podido ocurrir muy lejos de esta zona del Parque.

Registraron una buena parte del terreno arbolado.

El haz de luz descubrió las pantorrillas femeninas enfundadas en medias de nylon, que asomaban por el costado de unos setos recortados en formas caprichosas.

Se miraron los dos jóvenes. Luego corrieron al otro lado de los setos.

Vieron el cadáver de la señora Farbes. Un cadáver de ojos desorbitados, de horrible expresión. Un cadáver con la garganta seccionada de un tajazo y salpicado de sangre.

Los dos sintieron la misma sensación. Sensación de estar respirando un aire viciado, enrarecido. Sensación de que algo gélido recorría su médula.

—No puede ser —susurró Jay—. Nadie puede hacer que la vida vuelva a un cadáver. Sin embargo, todo concuerda. La musiquilla de la armónica, la forma de matar... También las enigmáticas palabras del doctor Cooper. Pero es imposible resucitar a un muerto.

Vicky se estremeció. Apoyó su mano en el brazo del sheriff buscando su serenidad en el contacto con el hombre.

—Ya no sé qué pensar de todo esto, Jay —musitó—. Creo que empiezo a dudar de esa barrera que separa lo posible que lo imposible. La Ciencia ha avanzado demasiado quizá en estos últimos

años. Nadie hubiese creído que alguna vez fuese posible la hibernación. Hoy es una realidad tajante. Nadie hubiese creído tampoco en la existencia de la antimateria. Hoy es otra realidad.

Jay manoteó al aire.

—Esto es diferente. Se pueden hacer salchichas de un perro. Pero nadie puede hacer un perro de esas salchichas.

—La comparación no sirve, Jay.

—No, desde luego. Pero yo creo que el hombre compuesto de cuerpo y de alma. Es posible que Cooper logre hacer que un cadáver vuelva a moverse, a actuar como si estuviese vivo otra vez. Pero será un hombre sin espíritu, una especie de robot sin voluntad, sin conciencia. Dicho de esta forma, ese hombre sería un ente horrible.

Guardó un corto silencio antes de añadir:

—Vamos, Vicky. Avisaré al juez y al forense. Mi ayudante llevará a cabo este trabajo. Quiero visitar al doctor Cooper. Esta misma noche. Ahora. Es necesario cerciorarse de todo antes de adelantar conjeturas arriesgadas. Quiero ver el cadáver de James Milton. Necesito adquirir esa tranquilidad antes de nada.

Jay se puso en contacto con el juez, el forense y el fiscal, encargando a su ayudante acompañarles y efectuar el trabajo rutinario de investigación.

Los hombres escucharon en silencio su explicación de los hechos. Sobre todo lo concerniente a las investigaciones científicas de Cooper.

Cuando acabó, el juez fue el único que pudo romper el silencio para decir con voz entrecortada.

—Vaya en busca de Cooper y de Milton, Jay. Llámenos desde allí. Estamos como sobre ascuas. Será un gran alivio comprobar que James Milton sigue dentro de su ataúd. Creo que ha sido un error concederle su cuerpo al profesor. Todos estaríamos ahora más tranquilos sabiendo que Milton se encontraba unos palmos bajo tierra.

Jay y Vicky volvieron al coche patrullero y el sheriff recorrió a toda velocidad la distancia que los separaba de la mansión de Cooper.

Frenó a escasas pulgadas de la gran verja de hierro labrado que cerraba la entrada al parque.

Dejó los faros encendidos. Iluminando la fachada de la mansión.

Todo allí estaba sumido en la oscuridad y en el silencio. La escasa claridad esparcida por el astro nocturno apenas bastaba a disipar las tinieblas en algunos trechos, a los que no llegaban las sombras de los frondosos árboles del parque.

Pulsó el botón del timbre en repetidas llamadas.

Desde allí podían percibir, amortiguado, el sonido del zumbador en el interior de la casa.

Nadie respondió a sus llamadas.

—No queda otro remedio que saltar la verja —masculló Jay—. No

estoy dispuesto a regresar de nuevo a Waden City sin verantes el cadáver de Milton.

Uniendo la acción a la palabra, el sheriff trepó ágilmente por los hierros, que ofrecían con sus dibujos buenos puntos para facilitar su escalada.

Pasó al otro lado.

—Espera un poco, Jay —adujo la joven—. Voy contigo. No me seduce la idea de quedarme sola aquí. Siempre me he burlado de la superstición. Pero la muerte de esa mujer en el Parque revela a un asesino suelto. Y eso nada tiene que ver con lo otro.

Cuando Vicky pasó sobre la parte más elevada de la verja para iniciar el descenso, el sheriff se aprestó para ayudarla.

Al elevar su mirada topó con un auténtico espectáculo de «striptease». Porque Vicky, a pesar del tamaño escaso de su falda, había prescindido de esos pantaloncitos que son la desesperación de los viejos verdes. Usaba unas «panties» de color rosa, con puntilla, que eran todo un poema.

Pero Jay tenía su mente demasiado ocupada con los últimos sucesos para reparar en otra cosa.

—Cuidado ahora, Vicky —susurró—, Cooper tiene un perro lobo adiestrado para atacar a los intrusos. Lo deja suelto por el parque durante la noche.

Empuñó su revólver de reglamento.

Los dos juntos iniciaron su avance hacia el porche de la casa.

Al sheriff le causó extrañeza el silencio en que se mantenía el perro guardián. No era corriente eso en un animal adiestrado para el ataque contra los intrusos desconocidos.

Jay alumbró la caseta de madera.

Vio la cadena suelta. Pero ni rastro del perro lobo.

—Mira ahí, Jay —musitó la joven—. Cerca del primer peldaño del porche. Parece que hay un bulto en el suelo.

Jay desvió el haz de luz en la dirección indicada por su compañera.

El perro. El animal estaba tendido en el suelo, rígido, inmóvil.

Se arrodillaron junto al animal.

Cerca del perro vieron unos trozos de carne. Los labios del pobre animal estaban impregnados de espuma de color verde claro, que despedía un fuerte olor como de almendras amargas.

—Le han envenenado arrojándole trozos de carne saturados en cianuro —adujo Jay.

—Sí. Parece que la carne le ha sido proporcionada por alguien desde el interior de la casa. Los trozos están juntos al porche y es de suponer que Cooper disponga de cianuro en su laboratorio.

—Una deducción muy lógica, Vicky. Pero que no quiere significar

nada. La carne ha podido ser arrojada también desde lo alto del muro.

Ascendieron los amplios escalones.

Jay no se molestó en pulsar el botón del zumbador. La puerta estaba entornada y su impaciencia le hacía pasar por alto ciertos formulismos.

Entraron al hall.

Jay avanzó decididamente hacia el laboratorio, cuya puerta encontraron sin cerrar con llave.

Conectó la llave instalada junto al marco y la luz de las lámparas fluorescentes invadió la estancia.

Vicky sintió como un ramalazo de horror ante el sangriento y desconcertante espectáculo que se ofrecía a sus miradas.

El cuerpo del doctor Cooper se hallaba tendido junto a uno de los mostradores sobre los que estaban instaladas las probetas y los frascos que contenían ácidos y cultivos biológicos. La hoja de un cuchillo había seccionado su yugular. Una terrible herida por la que había manado la sangre en abundancia, formando un charco en el suelo. Un charco siniestro, que empezaba a adquirir un acusado color negruzco, pero a cuya superficie arrancaba aún un tenue brillo la luz de las lámparas.

El ataúd de pino sin pintar continuaba en el suelo, donde lo habían dejado los empleados de la funeraria. Pero estaba vacío. Sin rastro alguno del cadáver de James Milton.

El sheriff descubrió otros detalles inquietantes.

—Mira esa mesa de operaciones, Vicky —pronunció—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre las explicaciones del doctor Cooper?

—¿Cómo olvidar eso?

—La mesa contiene rastros de sangre. Rastros que no tenía antes. Pude darme cuenta de eso cuando estuve aquí para entregar el cadáver. Como si sobre ella se hubiese efectuado una operación aterradora. También falta el cerebro del delincuente ajusticiado en la cámara de gas de San Francisco.

El cuerpo de Vicky se sacudió en un espasmo involuntario, motivado por los pensamientos que poblaban su mente.

—Es cierto. Recuerdo perfectamente todo lo que me dijiste acerca de eso. Todo hace suponer que el doctor Cooper ha resucitado a Milton. Es posible que le haya realizado un trasplante de cerebro. Algo inaudito según la Ciencia médica. Y el efecto ha sido fulminante. Sin embargo, Milton continúa matando de la misma forma que cuando era un ser vivo y tenía su propio cerebro.

Jay propinó un furibundo manotazo al aire como si pudiese apartar de su cabeza ciertas ideas mediante ese sencillo procedimiento.

—No puedo creerlo —exclamó—. No puedo creer que Cooper

haya podido realizar una cosa semejante. La Ciencia no puede llegar a ese extremo. El cáncer es un misterio aún. Lo será por mucho tiempo. Y cuando consigan curarlo, otra enfermedad tomará su puesto para ser un azote entre los hombres. La Ciencia puede descubrir el origen de la vida, aumentar los años de existencia, llegar a otros planetas, y si lo quieres así, instalarse en ellos. Pero jamás podrá vencer a la muerte.

—Sin embargo, lo que estamos viendo hace sospechar que nos hallamos ante uno de esos hechos milagrosos de la Ciencia.

—La Ciencia descubre cosas que parecen inauditas ante la propia razón. Pero no puede hacer milagros. No, Vicky. No puedo creer en eso. Tengo que encontrarme cara a cara con James Milton para considerar que su vuelta a la vida es una realidad. Tiene que haber una explicación.

Jay se dedicó a registrar toda la casa con la secreta esperanza de encontrar algún rastro que le permitiese descubrir el cuerpo sin vida del asesino.

Pero todo resultó inútil. Ni en la mansión ni en el parque pudo encontrar el menor rastro del cadáver.

Al terminar se puso en contacto con las demás autoridades de Waden City. Mientras, Vicky se retiraba con objeto de preparar su artículo para el periódico que saldría a la venta por la mañana.

Terminadas las pesquisas más elementales, los hombres que encarnaban la ley en la ciudad mantuvieron una reunión en la oficina de Jay. Una reunión de la que no salió nada en limpio.

No se podía guardar el secreto de lo ocurrido. Y las opiniones estaban divididas entre los que creían que la vuelta de Milton a la vida era un hecho y lo que decían que tenía que haber otra explicación más racional.

Al quedarse solo, Jay se adormiló sentado en el sillón. Pero no halló descanso. Las pesadillas poblaron en su sueño. Pesadillas en las que veía multitud de cadáveres saliendo de sus tumbas, invadiendo las ciudades de los vivos. Cadáveres descarnados algunos, de rostros tumefactos todos.

Sintió alivio cuando vio la claridad del nuevo día filtrarse a través de los cristales del ventanal.

Se desperezó ruidosamente y se duchó.

El agua fría pareció devolverle una parte de su perdido optimismo.

Cuando se dirigió junto con su ayudante a los escenarios de los dos crímenes para buscar huellas y establecer conjeturas, el «The Clarion» estaba ya en la calle.

Adquirió un periódico.

Vio la ansiedad, la avidez con que la gente leía la noticia de la posible reaparición de James Milton. Incluso escuchó comentarios

desfavorables a la decisión de las autoridades al conceder a Cooper la posesión del cadáver.

Una señal de que muchos creían que la Ciencia podía realizar ese milagro de devolver la vida a un ser muerto.

Vicky hacía un relato detallado de los acontecimientos. La joven periodista no recargaba las tintas negras. Pero tampoco era necesario escribir sobre eso de una forma sensacionalista. El relato resultaba escalofriante por sí mismo.

—Mal asunto —gruñó—. Volvemos al terror, al pánico desbordado. Tenemos que encontrar a ese asesino, muchacho. Si de verdad se trata de James Milton, matarlo por segunda vez.

Jay estudió a fondo el Parque y la mansión. Trabajo que le llevó casi todo el día.

Pero el asesino no había dejado el menor rastro que permitiese abrir una puerta a la esperanza.

Anochece cuando regresaron a Waden City. Cansados y también desalentados.

—¿Alguna novedad? —preguntó Jay a su segundo ayudante, que había quedado de guardia en la oficina.

—Sí, una novedad que puede resultar interesante. Hace una hora más o menos llamó por teléfono Peter Milton, el hermano de James. Estaba muy interesado en hablar contigo Jay.

El sheriff hizo sonar sus dedos en un chasquido peculiar.

—Peter Milton —adujo—. Lo había olvidado. Será interesante conocer la opinión del hermano de James. El pobre muchacho fue el más sorprendido cuando se descubrieron las actividades de su hermano. Sin embargo, tengo la intuición de que empezaba a sospechar algo.

Jay acudió en busca de Peter Milton.

Este habitaba un apartamento en uno de los barrios más viejos de la ciudad. Un barrio sórdido, de casas anticuadas, macizas, que apenas veía la luz del sol.

Jay había estado allí otras veces, a raíz de la detención del criminal. Fue entonces cuando se dio cuenta de la miseria que se acumulaba sobre una parte de la población de Waden City, en contraste con el lujo y el despilfarro que hacían ostentación muchos de sus habitantes de los barrios céntricos. En realidad daba la sensación de tratarse de otra ciudad aparte por completo, pese a estar tan cerca, tan dentro de ella misma.

Peter Milton era un buen hombre. Un sencillo empleado que trabajaba en un mercado de alimentación. Honrado y fiel a sí mismo.

El apartamento era amplio, disponía de tres habitaciones, que los dos hermanos Milton compartieron con otro hombre. Un tipo extraño que respondía al nombre de Barber.

Al parecer, Barber sufrió también un accidente de automóvil. Eso no afectó su cerebro, pero sí su cuerpo. Una sola lesión en la columna vertebral lo había condenado a pasar el resto de sus días sobre un sillón de ruedas. Sus hombros también mostraban alguna deformidad.

Barber se ganaba la vida escribiendo novelas de ciencia ficción, que tenían bastante éxito entre los aficionados a ese género.

Jay ascendió los empinados escalones de la casa.

Los descansillos eran muy amplios y la bombilla que colgaba del techo apenas bastaba a alumbrar un reducido círculo bajo ella. La luz se veía frenada por la espesa capa de telarañas que la cubría.

El apartamento de Milton se encontraba en la segunda planta.

El ambiente que se respiraba allí era sórdido, estremecedor. La atmósfera apestaba a guisote barato. De cuando en cuando se elevaba alguna voz de mujer, amonestando a los chiquillos por alguna travesura.

El terror que invadía de nuevo la ciudad parecía adquirir más consistencia en un lugar como ese. Lugar que inspiraba de por sí un extraño sentimiento de repulsión.

Jay golpeó en la puerta.

—¿Quién es? —inquirió una voz.

Antes de que Jay respondiese, otra voz se elevó después de lanzar una carcajada burlona:

—Abre, hombre. No va a ser el coco.

El sheriff reconoció esa voz, cuyo timbre había tenido ocasión de oír otra vez. La voz de Barber, el pobre paralítico. Una voz extraña, pastosa, como si tuviese algo en la boca que se la ocupara por completo.

—Soy Jay Fisher —respondió en voz alta.

Se abrió la puerta y Jay entró en la estancia central del apartamento. Una estancia que servía como comedor, cuarto de estar y algunas cosas más.

CAPITULO 03

ARBER estaba allí, en su silla de ruedas.

Los hombres se saludaron fríamente.

Sobre la mesa destartalada de tablero mugriento, el número del «The Clarion» que publicaba la inquietante noticia de la misteriosa reaparición de James Milton.

—En la oficina me han dicho que quería hablar conmigo —adujo Jay a guisa de preámbulo.

—Sí, desde luego —respondió Peter.

El sheriff vio el temor reflejado en las pupilas de su interlocutor. Un temor ancestral, casi supersticioso.

Barber soltó una de sus extrañas carcajadas. Una risa la suya que encerraba una carga explosiva de sarcasmo, de ironía, de burla sangrienta. Era como si mediante esa risa el inválido se mofase de un mundo que lo tenía marginado por su incapacidad física. Sobre todo un hombre que había conocido el vigor varonil del hombre sano y normal.

Jay lo miró con fijeza.

Al sheriff le producía una rara impresión ese hombre. Sus ojos se movían con extraordinaria vivacidad, lo escudriñaban todo, parecían penetrar hasta los rincones más hondos del pensamiento, Pero su rostro era estático, rígido, sin expresión definida.

—Peter tiene las tripas flojas por el miedo, sheriff —pronunció el inválido con su tono pastoso de voz—. Teme que sea cierto lo que dice el «The Clarion» acerca de su hermano James.

Jay paseó su mirada por los rostros de los dos hombres antes de inclinarse:

—Me parece que usted es la persona más segura en Waden City, Peter. ¿Qué puede temer de su hermano, suponiendo que se confirme esta especie de milagro científico?

—Lo teme todo —fue la rápida respuesta de Barber—. Yo le diré por qué.

—Calla, Barber —refunfuñó Peter.

Pero el inválido se mantuvo firme:

—No hay por qué callarlo, muchacho. Es mejor que el sheriff lo sepa todo. Verá, Jay. Después de la muerte de la sexta víctima, encontramos un cuchillo debajo del colchón de la cama de James. Teniendo en cuenta el estado mental de James, eso despertó nuestras

sospechas. Para Peter fueron días, horas de terrible incertidumbre. Al fin decidió hablar con su hermano cara a cara, poniendo las cartas sobre el tapete. Como puede imaginar. James lo negó todo. Incluso se mostró ofendido por el hecho de que su propio hermano pudiera sospechar semejante cosa. Bien. Cuando fue capturado después de su último crimen, la idea de que Peter lo había denunciado se clavó en su mente. Lo acusó así durante una de las visitas que le hizo Peter a la prisión. Lo llamó Caín y otras cosas peores. Le amenazó de que no habría compasión para él si alguna vez conseguía escapar de allí. ¿Entiende ahora el temor de Peter?

—Desde luego.

Siguió un largo silencio.

Peter Milton se había situado junto a la mesa y apoyaba sus manos en el tablero. Su expresión era de abatimiento. Un abatimiento que se mezclaba con el temor.

—¿Qué opina usted acerca de esto, Barber? —preguntó el sheriff—. Usted es un hombre de mente aguda. Confieso que estoy vacilando entre creer en el éxito de la investigación científica del doctor Cooper y la sospecha de que alguien usurpa la personalidad de James para llevar a cabo sus crímenes.

La respuesta de Barber fue rápida, tajante:

—Esa segunda hipótesis no encaja bien con los hechos, sheriff. Suponiendo que alguien decidiese usurpar la personalidad de James, se limitaría a hacer sonar la armónica y degollar a sus víctimas. Pero dígame una cosa: ¿para qué hacer desaparecer el cadáver y ese cerebro en conserva que guardaba Cooper? Yo me inclino más por el éxito de Cooper. Me parece que hoy todo es posible.

La convicción más absoluta vibraba en las palabras del inválido.

—Quizá tenga razón, Barber.

—Venga conmigo, Jay —terció Peter—. Quiero hablar a solas con usted.

Al terminar de pronunciar estas palabras, tomó al sheriff por un brazo y lo llevó fuera del apartamento.

Empezaron a bajar las escaleras, sumidas en la semipenumbra.

Peter se detuvo al llegar al rellano de la primera planta.

Su mirada escudriñó todos los rincones. Como si temiese ser escuchado por alguien.

—Tengo que decirle algo muy importante, Jay —susurró—. Quiero adelantarle que esto sólo es una hipótesis por el momento. Pero también que existen algunos detalles interesantes que parecen confirmar mis sospechas. Es cierto que tengo miedo. Temo que el asesino se haya dado cuenta de mis sospechas.

Creció el interés de Jay.

—Siga, Peter. No se detenga.

—Creo que nos hallamos ante un loco cargado de odio que...

Calló al llegar a este punto de su frase.

En la planta superior había sonado un leve chirrido de librillos enmohecidos.

De pronto se elevaron las notas emitidas por una armónica. Unas notas discordantes, sin ritmo.

¡La extraña melodía del asesino!

Un bronco gemido escapó de la garganta de Peter Milton.

Las notas llegaban amortiguadas, como de lejos. Pero desde el interior de la casa. Más concretamente, desde la planta superior.

Un grito agudo de miedo desbordado restalló en uno de los apartamentos. Una mujer daba rienda suelta a su pánico al percibir las misteriosas notas de la armónica. O acaso al verse de súbito ante la presencia del criminal.

Jay reaccionó. Empuñó el revólver y corrió escaleras arriba a toda la velocidad de sus piernas.

Lo siguió Peter.

El rellano de la segunda planta estaba sumido en la oscuridad más absoluta. La bombilla cubierta de telarañas había dejado de lucir.

La sombra agazapada junto a la esquina del rellano se movió cuando Jay alcanzó el último escalón. Una sombra más entre las sombras que poblaban la planta. Una sombra siniestra, dotada de movimiento.

El sheriff sintió el roce de las manos que se apoyaban en su pecho.

No pudo impedir la acción de la sombra. El empujón le hizo perder el equilibrio, lo lanzó hacia atrás.

Rodó escaleras abajo, sin soltar su arma.

Percibió el ahogado gemido que el terror ponía en la garganta de Peter Milton. Un Peter Milton que parecía haberse convertido de pronto en una estatua de piedra, en un ser al que el pánico arrancaba toda posibilidad de escape.

Jay se detuvo al fin. En una extraña postura. Su cabeza colgaba entre dos escalones mientras sus piernas permanecían más arriba.

Los golpes, las magulladuras recibidas en todo el cuerpo lo habían conmocionado. Una especie de neblina invadía su cerebro y parecía invitarle a la flacidez, al sueño.

Peter se desplomó, seccionada su garganta por el terrible tajazo del cuchillo.

Eso espoleó al sheriff.

Antes de que acabara de incorporarse, sintió el portazo de la entrada del apartamento de Milton.

Volvió a subir la escalera. Renqueando algo de su pierna izquierda, resintiéndose de uno de los golpes recibidos en la rodilla

durante el accidentado descenso.

Cruzó junto al cadáver de Peter.

A Jay se le enarcaron las cejas al percibir el siniestro *plop plop* de la sangre que manaba a borbotones por la terrible herida.

El sheriff, a través del denso silencio, sintió el terror que se había colado en todos los apartamentos de la casa. Un terror que dominaba las voluntades, que exoneraba los ánimos.

La voz de Barber restalló como un trallazo:

—¡¡No!! No quiero morir, maldito asesino.

Seguidamente se produjo un ruido sordo. El ruido de un cuerpo al desplomarse contra el suelo. Golpe que pareció hacer retemblar toda la casa.

El asesino también se había cebado en el pobre inválido. Quizá su mente torturada lo consideraba culpable de haber inducido a su hermano a la declaración. Aunque esa idea implicase creer en un todo en el éxito del doctor Cooper al devolverle la vida a un cadáver.

Cargó contra la puerta.

El asesino la había cerrado desde dentro.

Jay tomó impulso, arremetió contra la hoja de madera con todas sus fuerzas.

La cerradura cedió al tercer embate y la fuerza de la inercia lo llevó casi hasta el centro del hall, le obligó a apoyar las manos en el suelo para no caer de bruces.

El balcón posterior que comunicaba con la escalera para incendios, estaba abierto de par en par.

La silla de ruedas de Barber se encontraba volcada de costado junto a la mesa.

El inválido también estaba allí, tirado en el suelo.

Jay corrió al balcón, atisbó abajo y arriba.

Era inútil intentar perseguir al criminal. Este había dispuesto del tiempo suficiente para alejarse de allí por el dédalo de estrechas callejuelas que formaban esa parte de la ciudad.

Jay sintió que algo se movía en el interior del hall.

—Sheriff —pronunció la voz de Barber—. Ayúdeme, por favor. No puedo moverme.

El joven se apresuró a llegar al lado del inválido.

—Es un alivio verlo vivo, Barber. Lo creía muerto. Pensé que ese asesino lo había matado, como ha matado al pobre Peter.

—No ha sido así, gracias a Dios. ¿Quiere llevarme a mi lecho? No me siento con ánimos para continuar en esa silla. Se lo explicaré todo. Y traiga la silla junto a la cama. Yo me las arreglo bien para pasar a ella cuando quiero levantarme.

Barber tenía un leve rasguño en su garganta.

Un rasguño inferido por la cortante hoja del cuchillo del asesino.

El rostro del inválido continuaba siendo tan inexpresivo como siempre, tan estático como una máscara.

—Usted ha podido ver bien a ese hombre, Barber —pronunció el sheriff.

El inválido cerró los ojos. Su cuerpo se sacudió en un estremecimiento.

—Sí —respondió—. Lo he visto bien. Horrible, sheriff. Es James. El propio James Milton. Lo he tenido demasiado cerca para no reconocerlo. La cicatriz en la frente, los costurones en los pómulos. Un rostro cadavérico, rígido. Como si la sangre no circulase por sus venas. Como si realmente continuase muerto, pero dotado de movimiento.

Fue Jay quien se estremeció ahora.

—Usted ha tenido suerte, Barber. La muerte ha estado a su lado.

—No creo en la suerte. Siempre existe una razón al margen de ella. Cuando escuché esa maldita musiquilla confieso que me llené de pavor. Presentí la muerte de Peter, casi como si la hubiese presenciado. Luego, de repente, se abrió la puerta y entró James. La hoja del cuchillo chorreaba sangre. Vino hacia mí con rapidez. Me apoyó el cuchillo en la garganta. No dijo nada, no pronunció la menor palabra. Pero sus ojos eran muy expresivos. Unos ojos vidriosos y refulgentes al mismo tiempo. Creo que grité algo. No puedo recordarlo ahora.

—Sí, Barber. Yo lo oí.

—Bien. El instinto de vivir y no la suerte me salvó de la muerte, y también su intervención, sheriff. Volqué la silla hacia un costado. Fue un esfuerzo enorme para mí. Un esfuerzo que no consigo realizar en una situación normal. Eso me permitió escapar del cuchillo homicida. Este ligero rasguño me lo hice entonces. Y cargó usted contra la puerta. Fue eso lo que me salvó por segunda vez. James se abalanzó entonces al balcón y desapareció.

—Me pregunto cómo ha llegado hasta aquí.

—Creo que James estaba ya dentro de la casa. El apartamento contiguo está vacío desde hace varias semanas. Es muy posible que James se encontrase ahí.

Jay decidió averiguar ese detalle.

En efecto, el apartamento contiguo estaba vacío. Su puerta permanecía abierta en ese instante. Y en su interior encontró detalles que le permitieron descubrir que alguien había estado allí durante las últimas horas. La cocina estaba templada. Había sido encendida para preparar café, cuyos restos encontró en una jarra y en un par de tazas.

Retornó junto a Barber.

—Tiene razón, Barber. El asesino estaba dentro de la casa,

acechando. Salió de ese apartamento cuando Peter y yo bajamos. Arrancó el cable de la luz del rellano y tocó su armónica. Me parece, a través de estos detalles, que la inteligencia de James se ha vuelto mucho más sutil que antes de morir a manos del verdugo.

Hizo un inciso antes de añadir:

—Voy a dejarlo solo, Barber. No creo que vuelva ese asesino. Tengo que ponerme en contacto con el juez y demás. Es posible que encontremos huellas dactilares en ese apartamento. Eso nos permitirá establecer de una vez por todas si se trata de James Milton.

—Pero ya le he dicho...

Jay le impuso silencio con un ademán de su mano derecha.

—No dudo de su palabra, Barber. Pero usted ha estado bajo la acción del terror. Eso hace que la mente humana deforme las cosas. Prefiero otras pruebas más veraces que su declaración.

—Bueno. No le culpo por eso. Celebro que nuestro sheriff sea en el fondo un hombre tan racional, tan lógico. Y no tenga cuidado. Puede irse tranquilo. Nadie tocará nada en la escena del crimen. Los vecinos de esta maldita casa no saldrán de sus guaridas hasta que sientan la presencia de la policía.

Asintió Jay.

—Eso es lo que más me preocupa, Barber. Ese terror que está calando el ánimo de todos. Un terror infinitamente más profundo que el anterior. Antes se temía la acción de un asesino. Un asesino que seleccionaba sus víctimas a voleo, sin discriminación. Pero ahora se teme a un ser salido de la tumba. Una sola idea que impone.

Jay llamó a la oficina desde un teléfono público.

Como había predicho Barber, los vecinos de la casa no hicieron acto de presencia hasta después de escuchar la llegada de los coches policíacos y las pisadas de los hombres de la ley en las escaleras.

Todos asomaron a sus puertas mientras el cadáver de Peter Milton era llevado en una camilla, cubierto con una sábana.

Nadie pronunciaba la menor palabra. Se mantenían en un silencio absoluto, sobrecogidos por la tragedia. Rostros demacrados, que expresaban el estado de ánimo que los dominaba, la sicosis de terror que envolvía sus espíritus.

No encontraron la menor huella. El asesino había usado guantes en todo momento o había tenido buen cuidado de limpiar los cacharros con un trapo antes de abandonar el apartamento.

Jay y sus ayudantes regresaron a la oficina cuando la noche estaba ya bastante avanzada.

Las calles de Waden City estaban enteramente desiertas. Continuaban brillando los letreros luminosos de los comercios y clubes nocturnos. Pero el miedo volvía a todos. Sólo en las calles más céntricas y mejor iluminadas vieron a pequeños grupos formados por

eternos noctámbulos. Hombres que acudían a sus lugares de diversión, pero buscando la proximidad de otros seres antes de adentrarse por las calles de la ciudad, para sentir una sensación de seguridad.

Jay se acordó de Vicky.

Era extraño que el rumor de lo ocurrido no hubiese llegado aún a oídos de la sagaz periodista. Vicky tenía madera de periodista y parecía olfatear los sucesos como olfatean las fieras hambrientas a sus presas.

El joven dispuso que uno de sus ayudantes permaneciese en la oficina durante toda la noche, haciéndole compañía. En realidad, Jay temía que el criminal no se diese por satisfecho con la muerte de Peter Milton.

Se tendió en uno de los camastros de las celdas, mientras su compañero montaba la guardia junto al teléfono.

Jay despertó una hora más tarde, alertado por el repiqueteo del timbre. Saltó del lecho y arrebató el aparato de las manos de su ayudante para atender él la llamada.

—¿Quién es? —preguntó.

—Jay. No sabes lo que me alegra oír tu voz.

Reconoció a su vez la voz de Vicky. Una voz que siempre despertaba vibraciones en su ánimo.

Jay se percató de la ansiedad de la mujer como si la estuviese viendo a su lado.

—¿Ocurre algo, Vicky? —preguntó.

—No lo sé. Pero me siento muy alarmada. Te llamo desde la granja de tío Jorge. No voy a entrar ahora en explicaciones. Hace un cuarto de hora, cuando hablaba con tío Jorge, oímos unos ruidos afuera. Eso nos alarmó a los dos. Conforme están las cosas se acaba desconfiando de todo. Tío Jorge salió armado de una escopeta para inspeccionar en torno a la granja. No regresa. Lo he llamado varias veces y no responde. Voy a serte sincera, Jay. Tengo miedo. No me atrevo a salir en su busca. Te necesito. Es posible que todo sea una falsa alarma, pero te necesito.

—No te muevas de ahí. Voy a la granja.

Colgó y se apresuró a ocupar el asiento del *baquet* en el coche patrullero para ponerse en camino a toda velocidad.

Vicky era una mujer muy intuitiva. Una mujer animosa, que no se atemorizaba fácilmente.

Su inquietud tenía una base. Aunque esa base fuese una simple corazonada.

La granja de tío Jorge, padrino de la periodista, estaba a menos de media milla de Waden City. Muy cerca de la mansión del doctor Cooper. Instalada en la cima llana y amplia de una elevación, desde allí era visible la tétrica casa donde se había originado la segunda

oleada de terror que invadía Waden City.

Jay frenó muy cerca de la entrada de la sencilla casita de la granja. Arrancando chirridos a los neumáticos al hacerlo con cierta brusquedad.

Vicky salió a su encuentro.

Sí. La mujer estaba asustada. Ella temía lo peor.

—¿Hacia qué lado desapareció tu tío?

—En esa dirección.

Caminaron juntos, siguiendo los senderos marcados ya en las tierras de cultivo.

Más allá se extendía un arbolado. Un arbolado de escaso rendimiento económico, pero de alto valor sentimental para el tío Jorge. Por eso jamás accedía a talar los pinos y los álamos que lo formaban.

Fue allí donde conoció a la mujer que más tarde fue su esposa. Fue allí donde pasaron, juntos los dos, los mejores años de sus vidas. Y allí donde la sepultó cuando ella murió víctima de cruel enfermedad y donde quería ser sepultado cuando le llegase la muerte.

Vicky le había referido algunas veces esa historia.

El sheriff fue alumbrando el camino con su foco. Desviando la luz en todas direcciones, en busca de algún detalle que les revelase la presencia del granjero.

Jay fue el primero en descubrir el bulto tirado en el suelo, sobre un desnivel del terreno. Muy cerca de la primera hilera de álamos.

Corrieron allí y el sheriff volvió al hombre para situarlo de cara al cielo tachonado de estrellas.

Era el tío Jorge. Unos pasos más allá estaba su escopeta. Intacta.

Jay auscultó su pecho, manchado de sangre.

—Vive aún —dijo—. Su pulso es muy débil y apenas se siente su respiración. Sin duda fue sorprendido por el intruso, que lo atacó de improviso, antes de que pudiera hacer uso de su escopeta. Le han dado unas cuchilladas en el pecho y en el vientre. Su estado parece desesperado. Es necesario avisar a una ambulancia.

CAPITULO 04

ICKY y Jay permanecieron cerca de una hora en la sala de espera del Country Hospital, mientras el granjero era intervenido quirúrgicamente a vida o muerte.

El sheriff pasó su brazo por la cintura de la joven y trató de darle ánimos al ver aparecer en sus pupilas el brillo de las lágrimas.

—Ten calma, Vicky —susurró—. Queda una esperanza.

—Lo sé. Tío Jorge es el único familiar que tengo en este mundo. En realidad ha sido un padre para mí.

Asintió Jay.

Recordaba perfectamente la desgracia que afligió a Vicky cuando eran dos niños y asistían juntos a la Escuela de Waden City.

Los padres de la joven murieron en un accidente de aviación. Entonces la llevó con el tío Jorge, hermano de la madre de Vicky. El matrimonio de granjeros se había desvivido por ella, la habían considerado como a esa hija que la Naturaleza les había negado a ellos. Le dieron los mismos gustos, los mismos caprichos, y la misma carrera que hubiese obtenido de sus padres.

—¿Cómo se te ocurrió la idea de ir a la granja esta noche, Vicky? —le preguntó.

—Bueno. Sabes cómo somos los periodistas. Dicen que para ser un buen periodista es necesario decir hoy lo que va a pasar mañana. La granja está muy cerca de la casa de Cooper. Se me ocurrió de pronto que acaso tío Jorge hubiese visto u oído algo. Por eso fui a buscarlo.

—¿Y bien?

—Me dijo que sintió la llegada de un coche a la mansión cuando empezaba a anochecer. No era el nuestro. Le pareció un «Chevrolet» de modelo algo anticuado. Al parecer permaneció detenido junto a la mansión cerca de una hora. Luego se alejó carretera adelante, Y más tarde sintió la llegada del patrullero. Nuestra llegada a la casa.

Jay meditó en esas palabras.

De manera que alguien había visitado al doctor Cooper al anochecer. Más o menos a la hora en que Cooper había muerto, según el informe del forense. Un visitante que permaneció cerca de una hora en la mansión.

El asesinato de la señora Farbes había tenido lugar casi tres horas más tarde que el del doctor.

Bien. Eran detalles que había que tener en cuenta. Porque

parecían indicar otra cosa diferente a la creencia extendida entre la gente.

Una enfermera asomó por la puerta.

—El doctor les llama. Vengan por aquí.

La siguieron por unos amplios corredores flanqueados de puertas. Puertas pintadas, como las paredes, de un color blanco, aséptico.

El doctor los esperaba junto a una de esas puertas.

—Lo siento —dijo a guisa de preámbulo—. Debe mostrarse fuerte, señorita Hatton. Su tío ha sido operado, pero se muere sin remedio. Está despierto ahora. No le haga hablar demasiado. Su cerebro no está despejado del todo de los efectos de la anestesia.

Entraron al cuarto.

El viejo granjero estaba muy pálido, tan pálido como un cadáver. Pero tranquilo al mismo tiempo. No había perdido su habitual serenidad.

Se situaron a los dos lados del lecho.

Vicky tomó entre las suyas la trémula mano del moribundo.

—Responda una sola vez, Jorge —adujo el joven—. Usted debió ver al hombre que lo atacó. ¿Pudo reconocerlo?

El granjero afirmó con un ademán de su cabeza. Luego abrió los labios para dar su respuesta.

Su garganta sólo emitió un ronquido.

Jay se inclinó sobre él.

Entendió unas palabras inteligibles entre el jadeo y el estertor:

—James Milton... la tumba.

Jay las repitió en voz alta.

El sheriff vio la impresión que causaban en la enfermera.

La mujer miró a su alrededor con aprensión, como si temiese ver surgir ante ellos de un momento a otro a esa especie de aborto del infierno que andaba suelto por Waden City.

Murió el granjero unos minutos más tarde.

El doctor cerró los ojos y cubrió el cuerpo con la sábana.

Jay pasó su brazo sobre los hombros de la mujer para llevarla hasta el coche.

—Lo siento, Vicky. Debes mostrarte fuerte. Se ha hecho por él todo lo que se ha podido. Lo importante ahora es acabar con ése maldito asesino.

—Sí. Creo que ahora ya no cabe duda del terrible éxito obtenido por el doctor Cooper. Tío Jorge lo vio antes de morir. Sus últimas palabras están claras. James Milton. Un James Milton que ha vuelto de la tumba.

Jay la condujo a su casa. Sin añadir nada a las palabras de la joven.

El sheriff no se sentía seguro de nada. Continuaba dudando el

retorno de James Milton de la tumba. Su instinto policíaco lo llevaba a meditar de otra forma, teniendo en cuenta la misteriosa llegada de ese coche a la mansión al anochecer del día anterior. También la muerte de Peter y la enigmática presencia del asesino en la granja de Jorge.

—¿Qué diablos había ido a buscar allí, ese gusano? —masculló en voz alta.

—¿A qué te refieres, Jay? —inquirió ella.

—A nada. Cosas mías. Creo, que si esto dura mucho, voy a terminar con los sesos bañados en vinagre.

El sheriff descansó por el resto de la noche.

El día amaneció espléndido, con un sol radiante sobre un cielo limpio de nubes.

Sin embargo, el ambiente que se respiraba en Waden City daba la impresión de un día gris, un día plúmbeo y triste.

El «The Clarion» relataba los hechos con detalle. Y esta vez sí que recargaba las tintas negras a través de los comentarios intercalados por Robert, el dueño del periódico.

La gente se preguntaba con horror si era posible que un hombre que había muerto estuviese sembrando otra vez el terror entre ellos.

Jay asistió al sepelio del tío de Vicky, esa mañana.

Fue una ceremonia sencilla, íntima. Sólo asistieron a ella las personas más allegadas a la muchacha. Aparte del sepulturero y el pastor, estuvieron presentes Robert, el dueño del «The Clarion», y Jay.

Mientras procedía el sepulturero a bajar el ataúd al fondo de la fosa recién abierta, contigua a la de la esposa de tío Jorge, en un clavero del arbolado situado frente a la granja, la inquisitiva mirada del sheriff se fijó atentamente en algunos detalles.

Más concretamente en las flores esparcidas sobre la tumba de la mujer y en el suelo que separaba el rectángulo de tierra de la verja de hierro labrado que rodeaba el pequeño recinto.

El pastor pronunció unas oraciones en un tono gris y monótono. Luego fueron arrojando puñados de tierra sobre la capa del ataúd.

Al fin, la tierra cayó en paletadas sobre los restos mortales de tío Jorge.

Al terminar, el pastor y el sepulturero dieron el pésame a Vicky y se marcharon en un viejo coche.

Quedaron los tres solos.

Robert, enamorado de Vicky de siempre, se apresuró a tomarla por un brazo adelantándose al sheriff.

Los dos hombres eran rivales desde los tiempos del Colegio de Waden City. Dos rivales que se vieron frustrados cuando Ben Turner se cruzó en sus caminos y supo ganarse el amor de Vicky. Pero la muerte de Turner en México había hecho renacer esa vieja rivalidad sin violencia.

—¿Qué te ocurre, Jay? —inquirió la mujer—. Estás encontrando algo raro, algo que se sale de lo corriente. No puedes negarlo. Nos conocemos demasiado bien los dos para intentar engañarnos el uno al otro.

Asintió Jay.

—No se me ha ocurrido negar nada, Vicky. En efecto, encuentro algo raro en esa tumba. Esas flores. Están tiradas de cualquier forma. Sobre la tumba y fuera de ella. Algunas medio sepultadas en la tierra. Sin embargo, no están muy marchitas aún.

—Bueno. Tío Jorge tenía la costumbre de traer flores todos los días a la tumba de su esposa. Estas flores las depositaría aquí ayer por la tarde. Lo hacía siempre después de terminar las faenas del día.

—Sin embargo, no creo que las esparciese de esa forma.

—Desde luego que no. Lo más seguro es que el viento las haya arrastrado.

—Es posible. Lo raro es que hace varios días que no sopla un viento tan fuerte como para arrancar así las flores. Supongo que debe existir una explicación lógica de esto.

Caminaron hacia los coches.

—¿Cómo están los trabajos para contrarrestar la acción del asesino, Jay? —le preguntó Robert—. Por supuesto, esto es a título informativo. Al público le causará alivio saber lo que se está haciendo en este terreno.

—Puedo adelantarte tres cosas, Robert. Es posible, no seguro, la llegada de miembros del F.B.I. La policía federal no interviene más que en caso de asesinato con mutilación criminal de una parte del cuerpo. Pero nos encontramos ante un caso fuera de lo normal. Si se comprueba que todo esto se debe a la mano de James Milton, intervendrán. Para ello va a venir una comisión de científicos, que estudiarán todos los apuntes de Cooper y examinarán el laboratorio a fondo. Si deciden que es posible que James Milton haya sido vuelto a la vida por el doctor Cooper, tendremos al F.B.I. sobre la marcha. Las noticias publicadas por el «The Clarion» han llegado a todos los rincones del país. Pero esto llevará cierto tiempo. Ya sabes cómo se mueven todas las cosas en las que interviene la burocracia.

—¿Trabajo inmediato?

—Volver a organizar partidas de hombres armados para vigilar por las noches. Horas de insomnio para todos. Molestias para todos. Pero esto nos afecta a todos y todos debemos contribuir con nuestro esfuerzo.

Vicky se despidió de Jay para compartir el coche del dueño del periódico.

El sheriff los vio partir con cierto resquemor.

En la nueva lucha entablada para conseguir ganarse a la mujer, su

rival tenía todas las ventajas. Ellos dos se veían a diario durante el trabajo. Además, después de una época ruinoso, el «The Clarion» era un negocio rentable. Y eso siempre influye mucho en la decisión de las mujeres.

* * *

Jay organizó los turnos que patrullarían esa noche por las calles de Waden City.

Los hombres se mostraban muy inquietos. Era evidente que el temor había calado muy hondo en todos los ánimos, aun en los más templados. La idea de ver aparecer ante ellos a un hombre que había vuelto de la tumba erizaba los cabellos, producía un cosquilleo especial en el cuerpo.

Pero todos estaban decididos al mismo tiempo. El hecho de patrullar en grupos de tres contribuía a que se sintiesen más seguros.

El sheriff decidió permanecer día y noche en la oficina, a la espera de noticias.

Tenía el presentimiento de que pese a todas las precauciones tomadas, el asesino continuaría haciendo de las suyas, sembrando a manos llenas la simiente del terror en la ciudad.

Esa noche fueron bastante los letreros luminosos que no se encendieron. Los propietarios de las salas de diversión no querían permanecer en sus puestos sólo para atender a media docena de clientes nerviosos. Nerviosismo que también ellos sentían.

Jay desvió su mirada hacia la calle al sentir detenerse junto a la acera a un coche.

Sonó el ruido de la portezuela y los pasos del hombre sobre la acera.

Reconoció a Aster en su visitante nocturno. Un joven que desempeñaba un alto cargo burocrático en la administración de la ciudad.

Aster era un tipo calmoso, tranquilo. Sin embargo, sus facciones estaban demudadas, su color era lívido y sus labios efectuaban continuamente una especie de tic nervioso.

—¿Ocurre algo, Aster?

Era un mensaje. Un mensaje formado por palabras recortadas de un periódico y pegadas luego en orden sobre una cuartilla.

—Lo encontré en el buzón al regresar a casa —habló Aster con voz entrecortada.

Jay lo leyó en voz alta:

Todos los hombres que tomaron parte en mi desgracia morirán en mis manos.

Se miraron los dos hombres.

Jay se puso en pie y paseó por la estancia.

—Curioso —dijo al fin—. Esto es inaudito en James Milton. Avisar a sus víctimas antes de matarlas. Nos encontramos ante un James Milton totalmente cambiado. Un James Milton que se ha tornado en un ser vengativo. Y muy astuto. Ya no es el asesino loco, que elegía sus víctimas al azar, que descargaba sus golpes bajo impulsos ciegos del cerebro. No. Ahora es metódico y medita bien las cosas antes de realizarlas. Muy curioso.

Aster apoyó sus manos en el borde del tablero. Manos que temblaban, como temblaban sus labios y sus párpados.

—Me parece que está claro, Jay. Milton quiere vengarse de todos los que tomamos parte de una forma u otra en su perdición. Yo formé parte del Jurado que lo declaró culpable sin paliativos. Sin querer tener en cuenta la perturbación de su mente. Era horrible pensar que un tipo así pudiera escapar algún día de la Prisión Psiquiátrica. Y ese maldito doctor Cooper...

—Cálmate, Aster. Estás muy excitado. Milton mató también a la señora Farbes. Y ella no tomó parte en nada de eso. Ni su esposo tampoco. Todo esto es desconcertante en verdad.

—Desconcertante o no, tienes que hacer algo. Presiento el peligro. Voy a serte sincero. Lo presentía antes de encontrar ese mensaje de Milton. No puedes entregarte a meditaciones ni permanecer cruzado de brazos mientras ese criminal salido de la tumba hace estragos.

—¿Quién te ha dicho que pienso permanecer cruzado de brazos? ¿Lo ves. Aster? Necesitas calmarte, recobrar el dominio de tus nervios. Te diré lo que puedo hacer para prevenir el peligro. Pero tú mismo harás la elección.

—Bien. Suelta lo que sea, Jay.

—Puedes permanecer junto a mí toda la noche y dormir en una de las celdas. También puedes sentarte al volante y largarte de Phoenix por unos días. Por último, puedo acompañarte a tu casa y montar guardia allí hasta que amanezca.

Aster no perdió tiempo en meditar las propuestas de su interlocutor.

—Permanecer en una celda me parece algo inadecuado, Jay.

—Lo comprendo. Eres un ciudadano respetable en todos los aspectos.

—Por nada del mundo me lanzaría ahora a la carretera. No voy a andarme por las ramas, Jay. Tengo miedo. El mismo miedo que todos. Siento la impresión de que ese Milton infernal que está entre nosotros

me vigila en todo momento. Temo salir a la carretera y verlo frente a mí, en despoblado.

—No es necesario que sigas. Es necesario que alguien esté aquí de guardia y que sepa dónde me encuentro.

Después de cumplir estos requisitos, los dos hombres partieron por la Madison Avenue, para torcer por Parket Street, donde Aster tenía su residencia.

Como la mayor parte de la gente acomodada de la ciudad. Aster disponía de una casita individual, una especie de chalet de dos plantas, rodeado por un jardín.

Sólo en el centro de Waden City se erigían los edificios altos, de líneas modernas. Habilitados para negocios y apartamentos destinados a la clase media y pequeños burgueses.

Aster vivía sólo allí. Su padre estaba destinado en la capital de Estado y por las mañanas una mujer efectuaba la limpieza del inmueble. Aster comía en cualquier restaurante.

Jay observó en silencio cómo Aster cerraba la cerradura con doble vuelta y cómo echaba la cadena de seguridad y el cerrojo de la puerta.

Después fue de un cuarto al otro, atrancando todas las contraventanas.

Al terminar subieron a la segunda planta y Aster sirvió whisky para los dos.

—Se supone que un sheriff no puede probar el alcohol cuando está de servicio, Aster.

—Este no es un servicio ordinario. Se trata de algo especial. Es natural que se lleve a cabo de un modo especial también. Pero si prefieres café, está sobre el hornillo.

Bebieron en silencio.

Aster se mostraba demasiado nervioso para permanecer quieto en un mismo sitio durante cinco minutos seguidos.

Se dejaba caer en el sillón, se volvía a levantar, paseaba, conectaba la radio y otra vez la apagaba.

—Estás destrozando tus nervios, Aster. Creo que debías intentar descansar un poco. Eso te haría mucho bien.

—Me siento demasiado inquieto para intentar dormir.

—Debe tranquilizarte el hecho de que no estás solo. Yo velaré toda la noche. No te preocupes. Estoy habituado a pasar las noches en vela. No voy a descuidar la vigilancia. El asesino no podrá llegar hasta aquí sin que yo lo advierta.

—Imposible, Jay. No puedo evitarlo. Es inútil que trate de tranquilizarme. Sólo respiraré tranquilo cuando vea de nuevo la luz del sol. Pero sé que antes va a ocurrir algo. Tengo un horrible presentimiento.

—Vamos, vamos. Tu imaginación te traiciona. Así no vas a sacar

nada en limpio.

Pasó una hora.

Luego, otra.

El cansancio empezó a hacer mella en Aster, que al fin se dejó caer sobre uno de los sillones, rendido. También el whisky empezaba a hacer su efecto sedante sobre sus excitados nervios.

—No puedo más, Jay —susurró—. Estoy al borde del agotamiento. Pero es horrible esta sensación de saberse sentenciado a muerte por un monstruo semejante. No puedes hacerte idea de lo que se siente.

—No es difícil imaginarlo. Aster. Recuerda que James Milton parece decidido a vengarse de todos los que contribuyeron a su desgracia. Es lo que te decía en su mensaje. Yo también tomé parte importante en su desgracia. Lo capturé y lo entregué a la justicia.

—Tienes razón. Pero esta amenaza no pesa inmediatamente sobre ti. Mientras que yo...

Calló, cortó en seco la frase iniciada.

Los dos hombres se pusieron en pie al unísono.

Las notas de una armónica llegaban hasta ellos.

Las notas discordantes y terribles de la melodía del asesino.

—Ya está aquí —exclamó Aster, al borde de un ataque de pánico desbordante.

Jay tomó el revólver situado sobre la repisa de la artística chimenea y lo puso en la mano de Aster.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. James Milton ha podido ser devuelto a la vida, pero no creo que sea inmortal. Un balazo en la cabeza acaba con todas las malas ideas del mundo. Esa música suena detrás de la casa. Voy a investigar. No te muevas de aquí. Y que no tiemble tu mano al empuñar el arma.

Aster hizo un ademán de asentimiento.

Sin embargo, el contacto del revólver en su mano, si bien le proporcionó cierta sensación de alivio, no pudo acabar del todo con el miedo que corroía sus entrañas. Un miedo horrible ante la idea de verse acaso ante un hombre devuelto por la tumba.

Siempre le había producido una sensación extraña tener que presenciar a un cadáver rígido y de tez amarillenta.

Pero pensar en ese mismo cadáver dotado de la facultad de andar, de moverse y de matar...

Jay corrió escaleras abajo. Dejó a Aster a solas con su miedo.

La musiquilla continuaba sonando en el mismo sitio. Como en una especie de desafío.

Salió al porche y recorrió a buen paso la acera de cemento que rodeaba la casita.

Al doblar la esquina, vio la sombra siniestra del hombre que hacía

sonar la armónica.

Estaba al otro lado de la verja, en la parte posterior de la casa. De pie, muy tieso, inmóvil, y como absortó en su tarea de arrancar las escalofriantes notas al pequeño instrumento.

CAPITULO 05

A

LTO! —gritó Jay—. No se mueva.

El otro dejó de tocar. Permaneció muy quieto, gruñendo algo ininteligible.

Jay llegó a su lado y le arrancó la armónica de las manos.

Entonces pudo verlo bien.

Al sheriff le tembló la mandíbula al percatarse de que estaba siendo víctima de una broma de mal gusto. Pero una broma cuyas consecuencias trágicas eran difíciles de prever.

Ese hombre era Paterson. Un hombre que debía rondar la cincuentena. Un pobre retrasado mental, que alcanzaba los primeros grados de la idiotez.

Paterson se ganaba la vida llevando los equipajes de los viajeros que llegaban por ferrocarril o en los coches de servicio diario desde distintos puntos del Estado. Un hombre al que todo el mundo embromaba, del que todo el mundo se reía.

Paterson gastaba su dinero en comer poco y beber mucho.

Y quizás era el único hombre de Waden City que, por su condición mental, no estaba penetrado del terror que atenazaba a los otros.

—¿Qué diablos haces aquí a estas horas tocando esa armónica, Paterson? —inquirió Jay.

El otro rio bobaliconamente, enseñando unas encías casi descarnadas, en las que asomaban unos pocos dientes salteados y ennegrecidos.

—Un tipo me pagó diez dólares por hacerlo, sheriff. Ja, ja, ja. Me salió a la vuelta de una esquina y me dijo que viniera aquí. Si tocaba esa porquería de música podía ganarme diez dólares y quedarme con la armónica. Siempre he deseado tener una. Ja, ja, ja. Era una buena ocasión, ¿no le parece, sheriff? Diez dólares para emborracharme y una armónica para mí sólo por darle la lata a un tipejo.

—Está bien, Paterson —adujo Jay, armándose de paciencia—. Creo que tienes razón y acabas de hacer un buen negocio. Pero dime una cosa. ¿Cómo era ese hombre?

—¡Uf! El tío más raro que pueda imaginar. Más feo que un chaparrón de basura. Su frente parecía hundida y su cara llena de costurones. Parecía uno de esos tipos que salen en las películas de miedo. Pero se portó conmigo muy simpático. Me dijo riendo que

alguien iba a ensuciar su calzoncillo cuando tocase esto. Ja, ja, ja. Usted ha salido como un cohete, sheriff. No será el tío de los calzoncillos, ¿eh? Ja, ja, ja.

—Vamos, Paterson. Lárgate de aquí. Puedes quedarte con la armónica y con el dinero. Emborráchate, bebe whisky hasta que se te salga por las orejas. Pero no vuelvas a tocar esa música en ninguna parte. Si lo haces, te prometo que te encierro por veinte años.

Paterson dejó de reír, de enseñar sus dientes deformes y sus encías descarnadas.

—No lo haré. Se lo juro, sheriff. Tocaré otra cosa. Pero no me encierre en la cárcel. Dicen que están llenas de ratas.

—No habría allí más ratas que tú —masculló Jay.

El idiota se alejó calle abajo con su andar pesado y torpe.

Jay retornó al cuarto de estar, donde esperaba Aster con el alma en vilo.

Le explicó rápidamente lo sucedido.

Aster soltó una sorda maldición.

—¿Cree de verdad que alguien ha tratado de embromarme? —preguntó, sintiendo despertar de súbito su orgullo, su amor propio.

—No. En absoluto. Creo que esto es cosa del asesino. Como te he dicho antes, nos hallamos ante un hombre vengativo y astuto. Esto es sólo una maniobra de diversión. Este tipo carece de ese orgullo profesional de otros criminales, que avisan a sus víctimas y cumplen su promesa frente a todos los riesgos. No, Aster. Su amenaza busca distraernos. Mientras, él irá en busca de otra víctima y tendrá las manos libres para actuar. Intuyo que piensa cebarse en los hombres que formasteis el jurado.

—¿Cómo sabe cuál será su víctima de esta noche?

—No veo más que un camino. Tú los conoces a todos. Apunta sus nombres en un papel. Luego, toma la lista telefónica y busca sus números. Yo iré llamándolos para ahorrar tiempo. Aprisa, Aster. Una vida humana puede depender de nuestra prontitud.

Pusieron manos a la obra. Dominados ahora por una prisa febril.

La idea de que el peligro se desviara hacia otro lado había hecho que Aster recobrara una parte importante de su serenidad perdida.

Jay disco el primer número. El de un anciano hombre de negocios.

No le aclaró el motivo de la llamada. Pero se dio a conocer y le aconsejó atrancar puertas y ventanas. También ponerse inmediatamente en contacto con la oficina del sheriff o con el domicilio de Aster en el caso de oír la conocida musiquilla de la armónica.

La segunda y tercera llamada obtuvieron el mismo éxito. Y Jay impartió el mismo consejo.

La sorpresa surgió al llamar al cuarto miembro del jurado.

Steel tenía una edad aproximada a la de Jay. También había asistido a la misma escuela del pueblo. Y también había estudiado en la Universidad de San Francisco, junto con Aster y Robert.

—¿Steel? —preguntó el joven—. Soy Jay Fisher.

La risita que resonó al otro extremo del hilo después de sus palabras de presentación era algo que Jay tenía la esperanza de poder olvidar algún día.

El peligro había llegado para Steel, la tragedia marcaba su vida.

Habló una voz impregnada de sarcasmo:

—Celebro poder hablar contigo, Jay. Maldito idiota. Nada puedes contra mí. Supongo que ya imaginas quién soy: James Milton. Espero que te haya divertido el concierto de Paterson.

Jay se inclinó sobre su anfitrión, que permanecía muy rígido, intuyendo lo que ocurría.

Le susurró al oído:

—Es James Milton. Está en la casa de Steel. Imita mi voz y procura entretenerlo.

Aster obedeció como un autómatas.

Empezó a responder en una mala imitación de la voz serena del sheriff, mientras éste se apresuraba a salir a la calle y ocupar el asiento del *baquet*.

Jay rodó a la máxima velocidad, tomó las curvas sin decrecerla, arrancando chirridos de protesta a los neumáticos.

Steel ocupaba un apartamento de soltero en un edificio de diez plantas situado en una de las calles más céntricas de Waden City.

Se apresuró a subir a la tercera planta y cerciorarse de que la puerta estaba cerrada.

No se molestó en llamar. Nadie iba a facilitarle la entrada desde dentro. La muerte había hecho acto de presencia en el apartamento.

Llamó al apartamento contiguo.

Sintió pasos en el interior y una voz que preguntaba quién era. Una voz trémula.

—Soy el sheriff. ¿Puede decirme qué apartamento ocupa la persona encargada de la limpieza?

—Puerta C en la última planta.

Jay buscó a la mujer y la hizo bajar con una de las llaves del apartamento.

Cuando se disponían a entrar, algunas puertas se abrieron y rostros alucinados asomaron por los huecos.

La luz del apartamento estaba encendida. Eso les permitió descubrir la tragedia a la primera ojeada.

El cadáver de Steel se hallaba sobre la alfombra del hall. Una alfombra raída por el uso, que presentaba grandes manchas rojizas.

La yugular de Steel había sido seccionada de un tajo de cuchillo.

La mujer retrocedió lanzando una exclamación de horror. Se puso tan pálida que Jay pensó que si en ese instante le pinchaban en el cuerpo, no brotaría ni gota de sangre en sus venas.

—Mi marido oyó esa horrible música de armónica —exclamó una mujer—. Entonces cerramos todos los pestillos. Pero no pensamos que viniese aquí el muerto.

Se elevó un murmullo.

—Escuche bien esto —dijo a la mujer—. Cierre con llave y espere en su apartamento. Vendrá uno de mis ayudantes. No abra a ninguna otra persona ni toque nada. Toda la responsabilidad es suya.

—No tema —susurró—. Nadie entrará. Ni yo saldré de mi casa hasta que llegue su ayudante. Por nada del mundo.

Jay pasó junto a una fila de personas enfundadas en batas y en pijamas.

—El muerto ha estado aquí —oyó pronunciar a alguien—. Estamos en manos de un loco.

Del interior de uno de los apartamentos brotó un sollozo histérico.

Vio el terror reflejado en todas las pupilas. Terror ante la idea de que el asesino salido de la tumba había estado muy cerca de ellos, degollando a un hombre.

Jay abandonó el edificio.

Se metió en una cabina de teléfono.

La presencia de Steel, muerto, le resultaba demasiado hiriente. Por eso no había querido llamar desde el apartamento. Además, como buen policía, tenía la secreta esperanza de que el aparato conservase alguna huella dactilar del asesino.

La mejor prueba acerca de si se trataba de James Milton o alguien estaba jugando con las cartas marcadas del terror impuesto por el loco asesino.

Dio instrucciones a su ayudante en ese sentido. Le ordenó registrar y tomar huellas. También ponerse en contacto con el fiscal y demás.

A continuación discó el número perteneciente al teléfono de Aster.

La voz de Aster resonó después del *click* característico al establecerse la comunicación directa. Una voz chillona, cargada de histerismo:

—¿Quién es?

—Soy Jay. ¿Es que ocurre algo. Aster?

—Sí. Estoy oyendo la musiquilla de armónica. Y esta vez no se trata de Paterson. Te lo aseguro, Jay.

—Está bien. Cálmate y mantén firme el revólver. Salgo

inmediatamente para ahí.

Jay no estuvo muy seguro, pero también creyó percibir las discordantes notas a través del teléfono.

Sí. James Milton actuaba con una astucia demoniaca. Steel era ya cadáver, había muerto en sus manos. Y aprovechaba la coyuntura para cumplir la amenaza que había dirigido contra Aster.

* * *

La puerta de la casa estaba abierta.

Mala señal.

El mismo, involuntariamente, había facilitado la entrada al criminal. Cuando salió para acudir al apartamento de Steel no se molestó en cerrar. Y Aster se sentía demasiado asustado aún para hacerlo.

Subió las escaleras a grandes zancadas.

La entrada al cuarto de estar también estaba abierta. La estancia sumida en la más completa oscuridad.

Sus labios pronunciaron el nombre del dueño de la casa antes de traspasar el umbral.

—Aster.

Silencio.

Avanzó unos pasos por el oscuro interior.

Jay sintió el jadeo de una respiración. A sus espaldas.

Sintió cómo un ramalazo gélido en sus entrañas.

El asesino se encontraba allí. Oculto detrás de la abierta puerta.

No había tenido tiempo de escapar. Se disponía a atacar en silencio, como las fieras del bosque.

La voluntad de Jay se impuso.

Todos sus músculos se pusieron en juego bajo los firmes dictados de su corazón y su cerebro.

Movió el cuerpo en un esguince.

Eso le permitió esquivar la aguzada hoja del cuchillo de su enemigo.

La punta rasgó la camisa de su uniforme y trazó un surco sanguinolento en su costado derecho.

El gruñido del asesino ante el fallo de su golpe tuvo algo de fiera herida.

Jay retrocedió mientras esforzaba su vista para distinguirla silueta del otro y disparar su revólver.

Sus pies tropezaron con un bulto caído en el suelo y perdió en parte su estabilidad.

Se percató de que había tropezado con el cadáver de Aster. Un escalofrío recorrió su cuerpo de pies a cabeza al sentir cómo sus pies

se posaban sobre la sangre vertida en el suelo.

El asesino cayó sobre él de improviso, en un ataque desesperado.

Forcejearon, rodaron por el suelo. Cada cual trató de impedir que su enemigo pudiera hacer uso de su arma al mismo tiempo que buscaban un golpe de suerte que les permitiese dominar la situación.

Alguien, comentando lo sucedido, había dicho a Jay que imaginaba a James Milton como un cadáver rígido y frío, con movimientos de autómatas. Un muerto que se movía bajo determinados impulsos, pero sin voluntad propia, sin agilidad.

Comprobó que no era así. Estaba luchando contra un hombre de sangre caliente y rápido de reflejos. Nada de automatismo. Un hombre como los demás en todos los aspectos.

Jay logró situarse sobre su adversario.

Trató de oprimirle la garganta.

El otro reaccionó con una contundencia inaudita.

Distendió las piernas y las impulsó hacia arriba al mismo tiempo que imprimía a su cuerpo un brusco movimiento ascendente.

Jay salió proyectado como por una catapulta.

Su cabeza chocó contra la pared y el golpe lo conmocionó. El revólver cayó de su mano.

El asesino no pudo percatarse de la clara ventaja obtenida. Temió los disparos del sheriff y buscó la huida.

Atravesó la estancia y se lanzó escaleras abajo.

Jay se repuso de su momentánea conmoción. Se incorporó con presteza y corrió detrás de su enemigo.

Lo vio salir por la puerta cuando él iniciaba el descenso de la escalera.

Disparó.

Las detonaciones adquirieron una resonancia especial en el interior de la casa.

No lo alcanzó con los plomos.

Jay bajó a toda velocidad, saltando amplios tramos de la escalera.

Cuando llegó a la calle, vio la silueta del asesino doblar por la primera esquina.

Siguió corriendo detrás de sus huellas.

Alcanzó la esquina.

La calle que se iniciaba allí era más bien estrecha, pero de gran longitud. El alumbrado era bastante bueno. Suficiente para permitirle descubrir a un hombre a distancia.

Sin embargo, no vio ni rastro del fugitivo.

Se detuvo allí.

Las puertas y las ventanas de todas las casas estaban cerradas a cal y canto. Una medida que tomaban todos los habitantes de Waden City, sin excepción, desde el retorno del terror a la ciudad.

Tampoco había tenido tiempo de ganar la siguiente esquina.

Jay avanzó unos pasos. Sigilosamente. Poniendo mucha atención en los ruidos que pudieran producirse.

El asesino no podía estar muy lejos.

La mirada del sheriff escudriñó todos los detalles.

Sus labios se curvaron en una sonrisa al descubrir de pronto el camino empleado por su enemigo para burlarlo.

La tercera casa de esa hilera ostentaba en su fachada unos adornos en relieve. Sus esquinas estaban trabajadas, de forma que simulaban unas filas de piedras. Y sus intersticios permitían muy bien la escalada.

Allí arriba estaba James Milton. No muy lejos. Porque de otro modo él hubiese captado sus pisadas sobre las tejas.

Jay trepó sin pensarlo dos veces. Era preferible observar las cosas sobre el terreno, que no entregarse a conjeturas.

Ganó el tejado.

Las casas de esa parte de la calle eran todas de dos y tres plantas de altura. Pero parecía que el asesino se había esfumado.

Avanzó despacio por el plano inclinado.

Jay tuvo la sensación del peligro. Una sensación que se manifestó mediante una especie de corriente fría en la nuca. Una sensación escalofriante, puesto que el peligro era invisible aún.

Giró en redondo.

Las sienes le batieron con violencia.

No veía rastro del asesino. Sin embargo no cedía ni un ápice, en lo más recóndito de su ser esa intuición inenarrable.

El peligro tomó cuerpo de pronto.

Sintió un ruido en la parte derecha del tejado. Un ruido leve, suave, como un ludir.

Vio de súbito el objeto proyectado al aire, que avanzaba a gran velocidad a su encuentro.

Su mente trabajó a marchas forzadas. Trató de impedir sus sensaciones en los miembros para hacerlos reaccionar.

No pudo impedir que la teja de barro se estrellara contra su frente.

Soltó el revólver en una acción puramente intuitiva. Cuando el golpe le hizo doblar la rodilla y puso niebla en su cerebro.

Una silueta humana brotó desde detrás de una chimenea cercana. Un lugar donde las sombras eran densas, impenetrables.

Jay quiso moverse, volver a empuñar su arma, que había resbalado hasta el alero.

El otro se le echó materialmente encima antes de que acertase a mover un solo músculo.

Pudo ver con bastante claridad a su adversario.

Era el rostro de James Milton. El rostro que conocía bien, con su cicatriz en la frente y los costurones en los pómulos. Un rostro horrible, porque ahora mostraba un estatismo total, como si los músculos de su cara fuesen los de un cadáver rígido, yerto.

No había expresión en ese rostro. Sólo los ojos se movían en sus órbitas, despidiendo un brillo especial. Pero sus labios permanecían cerrados y la piel de la cara se mantenía tal y como lo había visto dentro del ataúd al entregarlo a Cooper.

Jay no pudo hacer nada por evitar que le propinase una patada en el mentón.

El golpe lo lanzó hacia atrás.

Resbaló sobre el plano inclinado y su cuerpo se fue deslizando hacia el mismo borde del tejado.

Vio al otro avanzar hacia él. Lo vio a través del velo rojizo que empañó su mirada.

Como entre sueños se percató de que el asesino no empuñaba ese cuchillo que empleaba para acabar con sus víctimas. Al parecer se sentía demasiado seguro de su triunfo y no tenía prisa en terminarlo.

Emitió una risita sardónica. Una risita que llevó a Jay el convencimiento de que había llegado al fin a los últimos instantes de su vida.

Quizá su vida entregada a una lucha contra las fuerzas del mal hizo que no se sintiese dominado por ese terror que sobrecogía a todas las demás personas. A pesar de adquirir la conciencia de que todo iba a terminar para él.

Una nueva patada lo proyectó más contra el borde del tejado.

No pudo impedirlo. Sus piernas rebasaron el alero, quedaron colgando en el vacío.

Su cuerpo se fue deslizando lentamente, pero de una forma inexorable.

Su instinto de conservación le permitió aferrar las manos al alero.

Entonces trató de afianzar sus pies para poder mantenerse, para evitar la caída a plomo contra la acera.

El asesino se situó muy cerca del alero. Mirándolo de arriba abajo, distendiendo los labios en una sonrisa demoníaca. Una sonrisa casi irreal ante el estatismo de aquel rostro cadavérico.

James Milton elevó su pie derecho y lo proyectó contra la mano del sheriff.

Jay aflojó un tanto la presión al sentir el agudo dolor que pareció paralizarle todo el miembro. Pero continuó aferrado a su precaria tabla de salvación, continuó dispuesto a resistir hasta el último aliento.

CAPITULO 06

J

AY encontró un precario apoyo para sus pies. Eso le permitió aguantar el segundo pisotón sobre su mano.

El instinto de conservación se impuso a todo lo demás. Se impuso al dolor y a la sensación escalofriante de tener delante de él al mismo hombre que había visto antes dentro de un ataúd.

James Milton introdujo su mano por la abertura de su chaqueta. Cuando la sacó, empuñaba un largo cuchillo. El mismo cuchillo que había terminado esa noche con las vidas de dos hombres.

Jay miró abajo, calculó la distancia.

No estaba dispuesto a dejarse degollar como un borrego. Era preferible intentar el salto.

Bien. Si tenía suerte podía salir de mal paso con unos cuantos huesos rotos. Eso en el mejor de los casos.

James Milton se acercó más.

Ejecutaba cada movimiento con gran parsimonia. Muy seguro de sí mismo. Jay pensó que acaso esa seguridad se la prestaba, más que el tenerlo en su poder, el haber vuelto del más allá.

El instinto del luchador despertó en Jay de pronto.

Disparó su mano derecha y la cerró en el tobillo del otro. Tiró con todas sus fuerzas.

El asesino perdió el equilibrio, cayó de espaldas sobre el tejado.

Cayó el cuchillo de su mano y rebotó entre las tejas.

Jay continuó tirando.

El sheriff no podía hacer nada para luchar contra el criminal, dada su precaria posición. Pero la idea de arrastrarlo en su caída se fijó en su cerebro.

James Milton pareció comprender las intenciones del sheriff.

Forcejeó. Aestó patadas al brazo derecho de Jay con la otra pierna libre.

El joven se vio precisado a soltar su presa.

James se arrastró materialmente sobre el tejado para ganar una posición más elevada.

El sheriff vio en sus ojos algo muy parecido al temor. Temor ante la perspectiva de verse arrastrado a la muerte. Un temor tan acusado como el que debían sentir sus víctimas cuando James caía sobre ellas. Sin embargo, Jay estimaba que no podía tener miedo a la muerte un hombre que ha regresado de la tumba.

Lo dos hombres jadeaban.

De pronto sintieron ruido de gente. Pisadas recias, sonoras. Muy cerca de la esquina de la calle.

Jay sintió renacer su esperanza.

Sólo podía tratarse de una de las patrullas que recorrían las calles de Waden City. Nadie más se arriesgaba a salir a la calle a esas horas de la noche.

Gritó:

—¡Atención! Aquí, amigo. Soy Jay Fisher.

Los pasos se detuvieron durante un instante, dejaron de sonar mientras los tres hombres que formaban la patrulla escuchaban.

Después, corrieron hacia el lugar donde se elevaba la voz del sheriff.

James Milton barbotó algo ininteligible para Jay. Después corrió por el tejado, se alejó hacia la casa contigua partiendo tejas y haciendo extraños gestos cuando sus pies resbalaban o tropezaban con algún pequeño obstáculo.

Los hombres de la patrulla llegaron.

Uno de ellos llevaba un revólver y los otros dos, escopetas de caza.

—¿Qué ha pasado, sheriff? —preguntó uno.

—James Milton. Pude seguirlo hasta aquí y hemos luchado. Escapa por estos tejados. Vayan dos de ustedes por la otra calle para impedir que descienda por ese lado. El tercero debe seguir adelante por esta misma acera. Yo recorreré los tejados.

Obedecieron sin rechistar.

Jay tomó el cuchillo que el asesino había dejado allí y fue pasando de tejado en tejado, atento a todo.

Fue inútil. No pudieron hallar rastro alguno del asesino.

Era natural. Esa parte de la calle estaba formada por una doble hilera de casas, unidas por sus partes posteriores, formando patios en el centro.

James Milton había tenido la oportunidad de descender a la otra calle por varios sitios. Y el alumbrado era muy inferior en ese lado.

Jay movilizó más hombres y se llevó a cabo un registro del barrio. Pero el resultado fue nulo.

Antes de retirarse a descansar, Jay examinó el arma homicida.

Un vulgar cuchillo de cocina, afilado sí, al máximo. Una buena garantía de que no fallaría el golpe.

La hoja estaba limpia. Ni rastro de sangre en el acero. James cuidaba bien de limpiarla siempre en las ropas de sus víctimas.

Muy escrupuloso.

Bien. Ya no podía dudar de que se trataba del propio James Milton. El mismo lo había tenido ante sus ojos. El rostro deformado

por el accidente. La horrible cicatriz en la frente y los costurones en las mejillas y el mentón. Y 'la expresión estática de sus facciones. Como si éstas hubiesen conservado la rigidez propia de la muerte.

El doctor Cooper, al parecer, había hecho esa especie de milagro de lograr que un muerto volviese a caminar, a actuar como un cuerpo lleno de vida. Pero con ciertos defectos.

El sueño lo venció mientras pensaba en todo esto.

Lo despertó el sol, que entraba de lleno hasta el lecho.

Jay se duchó con agua fría. Volvió a parchear el surco dejado por la punta del cuchillo en su costado y se dio masajes en sus dedos, doloridos aun por los golpes del asesino.

Waden City cambiaba mucho de aspecto durante el día.

El terror dejaba sus huellas en todas las personas. Un terror que calaba hondo en todos ante la idea de que el asesino vuelto de la tumba pudiese señalarlos como sus próximas víctimas. Era un temor persona! de todos y cada uno de los habitantes de la ciudad.

Pero el asesino actuaba siempre de noche. Al amparo de las sombras. Por eso todos sentían como un respiro cuando amanecía el nuevo día. Y disimulaban su miedo profundo durante las horas de sol. Miedo que volvía a despertar cuando caía el crepúsculo. Entonces todo cambiaba de nuevo. Ese temor oculto transformaba a las personas, las convertía en una especie de seres extraños, que buscaban su salvación ocultándose como las alimañas del bosque ante un peligro real. Un temor más profundo acaso que el que sintieron los primeros hombres sobre el mundo al ver desatarse las fuerzas de la Naturaleza o al sentir el peligro de las fieras salvajes, sin otras armas para defenderse que sus propios brazos.

Vicky lo estaba esperando en la oficina.

—Dos víctimas más en la cuenta de ese loco asesino —adujo la joven—. Y estuvo a punto de acabar contigo también. He hablado con uno de los componentes de la patrulla. La noticia de lo ocurrido anoche circula de boca en boca, es ya del dominio público. Por supuesto, una versión mucho más adornada que las que facilitamos a través del «The Clarion».

Asintió Jay.

—Es como para volverse loco.

Vicky lo miró con fijeza antes de preguntar:

—Tú lo has visto, Jay. Eres un hombre sereno y tranquilo, un hombre que no se deja traicionar por sus nervios. ¿Se trata realmente de James Milton?

—Eso parece, Vicky —masculló el sheriff.

—Bueno. Lo tuviste muy cerca y luchaste contra él. Sin embargo, tengo la impresión de que te resistes a reconocer que se trate de James Milton.

—Es cierto. Todo eso que dices es cierto, Vicky. Lo vi perfectamente. Las facciones de James Milton. Las mismas facciones que pude contemplar cuando James iba dentro de un ataúd. Incluso esa misma inmovilidad del cadáver que llevé hasta la casa del doctor Cooper. El rostro de un muerto, en el que sólo sus ojos están dotados de vida. Y también el resto de su cuerpo. ¿Sabes? Es horrible esa falta de expresión, ese estatismo de su cara. Es como si de pronto viese a un cadáver levantarse de su tumba y caminar a mi encuentro. Un cadáver que hubiese recobrado la vida en todo su cuerpo, excepto en su rostro.

Hizo una pausa antes de añadir:

—No sé por qué, Vicky. Ni yo mismo me lo explico. Pero la verdad es que en mi fuero: interno me resisto a creer que ese macabro experimento del doctor Cooper haya podido tener éxito. Una cosa es prolongar la vida de un hombre hasta un límite inaudito. Y otra muy distinta volver a la vida a un hombre que ya ha muerto.

Vicky dejó transcurrir un largo intervalo de silencio antes de aducir:

—Comprendo que te resulte horrible. Pero si lo has visto, no creo que haya motivo para dudar de eso. Voy a serte sincera. Hasta este momento he mantenido la secreta esperanza de que esto no fuese una realidad, de que todo se debiera a una especie de alucinación causada por el miedo.

Jay rodeó la mesa para dejarse caer sobre el sillón situado al otro lado de la misma.

Entró un hombre en la oficina. Un hombre de rostro demudado, de rostro pálido y desencajado.

Le resultó difícil reconocer al flemático Farbes en ese hombre.

Farbes se había mostrado siempre como un hombre tranquilo, alegre y feliz. El hecho de que su joven esposa hubiese sido víctima del asesino vuelto a la vida por Cooper era un motivo de amargura para él. Pero no justificaba ese terror que evidenciaba ante los dos jóvenes.

—¿Sucedé algo, Farbes? —preguntó Jay.

El otro dejó sobre la mesa un papel doblado.

—Mira esto, Jay. Lo he encontrado en el buzón al regresar de la gasolinera. Mi socio y yo nos turnamos en el negocio. Es necesario mantenerlo abierto durante toda la noche. Pero léelo.

Jay lo hizo. En voz alta:

Primero tu esposa, para que sepas lo que supone perder para siempre al ser que más se ama.

Ahora te toca a ti pagar.

James Milton

Siguió un denso silencio.

—El mensaje ha sido preparado de la misma manera que el que le fue remitido a Aster —habló Jay al fin—. Palabras enteras recortadas en un periódico. Y pegadas luego en el papel siguiendo un orden.

* * *

Jay paseó por la oficina.

—Extraño —profirió de súbito.

—¿Qué tiene de extraño? —inquirió Vicky—. Aster recibió otro mensaje. Está muerto ahora. Tú mismo afirmaste que James Milton se había vuelto vengativo y sutil.

Se detuvo ante sus dos visitantes.

—Exacto, Vicky. Dije eso. La forma de expresarse en este mensaje también revela la venganza. Pero me pregunto qué motivos tiene para vengarse de Farbes. Que yo sepa, Farbes no formó parte del Jurado que lo condenó.

Farbes palideció más de lo que estaba después de las palabras del sheriff.

—Es cierto —musitó al fin—. Nunca tuve nada que ver con James Milton. No le causé jamás el menor daño.

Jay rompió el silencio que siguió.

—Está bien —dijo—. Hablaremos más despacio de todo esto. Escucha bien mis instrucciones y síguelas al pie de la letra, Farbes. Vamos a tomar todas las precauciones posibles para impedir que James pueda llegar hasta ti. Avisaré ahora a uno de mis ayudantes. Te acompañará a todas partes durante el día. Debes estar en casa cuando empiece a anochecer. Yo iré entonces a buscarte. Tomaré medidas. Y no te inquietes. Esta vez no se saldrá con la suya ese maldito asesino. Los demás vigilarán de un modo especial las casas de todos los hombres que formaron el Jurado.

El resto del día transcurrió lento, monótono para el sheriff. Lo que para todos era motivo de terror, para Jay era motivo de impaciencia. Sin desterrar por eso la aprensión de su ánimo.

Cuando declinaba el día, se presentó en la casa de Farbes acompañado de cinco hombres armados de rifles y escopetas cargadas con postas.

Vicky estaba allí. La periodista acudía al posible escenario de la tragedia dispuesta a servir a sus lectores una información de primerísima mano.

El sheriff ordenó registrar toda la casa de Farbes. Los armarios, el jardín que miraba hacia el Parque, el desván, los lugares más inverosímiles no escaparon a la minuciosa inspección de los hombres.

Al terminar, uno de los vigilantes armados se situó en el desván, junto a la lucera. Una posición desde la que podía dominar un amplio

radio de terreno en torno a la casa.

Los restantes hombres se colocaron en puntos estratégicos del Parque y de la calle, de forma que la vivienda quedaba bajo una observación permanente.

Jay, Vicky y Farbes permanecieron en el interior.

—Quiero aconsejarte algo, Farbes —apuntó el sheriff—. Y a ti también, Vicky. Es mejor que los dos os retiréis a descansar. Yo permaneceré alerta. Recibiremos avisos del exterior a la menor señal de alarma.

Farbes, que paseaba nerviosamente por la habitación, fue a sentarse en uno de los mullidos sillones.

—Es posible que decida retirarme más tarde, Jay. En este momento me sería imposible, no conciliar el sueño, sino tan siquiera descansar. Confío plenamente en ti. Pero estoy demasiado nervioso.

—Está bien, Farbes. Pero entonces será mejor que dejes de beber café. Eso va a ponerte más nervioso. Podemos hablar un poco mientras tanto. De James Milton y de ti. No he querido insistir en mi oficina esta mañana. Pero nadie traza una venganza sin un motivo, aunque ese motivo parezca trivial a la mayoría de la gente. Supongo que has meditado largamente en esto durante el día.

Farbes tardó un buen rato en dar su respuesta:

—Claro que he pensado largamente en esto, Jay. Como que no he podido pensar en otra cosa. Existió una relación entre Milton y yo. Una relación, que considero profesional.

Creció el interés en sus dos interlocutores.

—Verás, Jay. El día que James Milton partió hacia Phoenix, paró su coche en nuestra gasolinera. Llené su depósito de gasolina. Después ocurrió el accidente. Esa ha sido nuestra única relación. No era cliente habitual nuestro.

—Eso lo explica todo —saltó Vicky—. El cerebro de James Milton sufrió un trauma a raíz de ese accidente. Ese trauma que lo impulsó a matar sin el menor motivo. Su mente enferma relaciona el servicio de Farbes a su coche con el accidente, con su desgracia.

Denegó Jay.

—No, Vicky. Eso no explica casi nada. No explica nada, me atrevería a decir. No concuerda con el contenido de su mensaje. James Milton aduce que ha matado a la esposa de Farbes para que sepa lo que supone perder al ser que más se ama. ¿A quién amaba James? Que yo recuerde, no mantenía relación con ninguna mujer. Se encontraba solo en el coche cuando se estrelló contra ese muro. Su único familiar era su hermano Peter. Pero a Peter lo ha matado él mismo.

—Te entiendo, Jay —pronunció la joven—. Demasiado enrevesado.

—Sí. Un perfecto galimatías.... Dicen que cada ser humano es un auténtico enigma, imagina qué enigma encerrará un cerebro trastornado.

Se volvió hacia el silencioso Farbes para preguntarle:

—Medita un poco en todo esto, Farbes. ¿Existe alguna persona que tenga serios motivos para odiarte? No te estoy pidiendo una confesión íntima de algún hecho determinado. No me importan las causas, sino los efectos.

—No recuerdo que nadie pueda tener motivos para...

Farbes había empezado a hablar con rapidez, seguro de sus palabras.

Pero se cortó de pronto. Guardó silencio, mientras se entregaba a una profunda meditación. Meditación sobre algún hecho relacionado con su vida privada.

Los recuerdos no debían resultar muy agradables para él a juzgar por su sonrisa de amargura, por el gesto de su rostro, que parecía dolerse de algo que afectaba a las fibras más sensibles de su ser.

—Bueno —adujo al fin con un hilo de voz—. Sí que existe una persona que tiene motivos para odiarme: un hombre.

El interés de Jay se desató como un vendaval:

—¿Quién es ese hombre? —interrogó de una manera apremiante—. Es posible que estemos confundiendo las cosas. Es posible que estemos siguiendo una pista falsa.

Se acentuó la sonrisa amarga de Farbes.

—Creo que me he expresado mal —dijo—. He dicho que existe un hombre que tiene motivos para odiarme, cuando debí decir que «existió». Ese hombre murió ya. Murió lejos de Waden City. Entonces no estaba Cooper cerca de él para volverlo a la vida. Mejor olvidas esto. No tiene importancia. Resulta muy desagradable recordarlo.

Jay manoteó el aire.

Por un momento había creído encontrar una buena base sobre la que asentar una teoría que le rondaba el cerebro.

Pero esa base se desplomaba al instante, incapaz de soportar el menor peso sobre ella.

Pasaron las horas sin que se produjese la menor alarma.

Vicky durmió algunas horas sobre el diván del cuarto de estar, mientras el sheriff paseaba de un lado a otro. En ocasiones descendió a la calle para hablar con los hombres de guardia y subió al desván.

Farbes también se rindió al fin al cansancio. Pero se levantó con las primeras luces del alba.

—Todo en orden —exclamó al salir junto a los dos jóvenes y mirar la luz del día—. Esta vez ha fallado el asesino. Esto supone un gran triunfo, Jay. Me siento mucho más tranquilo.

—Lo comprendo. Repetiremos esto todas las noches que sea

necesario. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Ir a la gasolinera. Mi socio ha pasado la noche de guardia allí. Debo sustituirle.

—Está bien. Uno de mis ayudantes te acompañará. Estará a tu lado todo el tiempo.

Sonrió Farbes.

La llegada del nuevo día parecía haberle infundido nuevos ánimos. Ánimos que decaerían de nuevo con las sombras de la noche. Pero eso era algo muy lejano aún.

—No es necesario, Jay. Me parece suficiente con que lo envíes a buscarme cuando anochezca, para regresar a Waden City.

—Irá contigo —insistió Jay—. No quiero descuidar ningún detalle. Tampoco es necesario que esté pegado a ti como una lapa. Pero sí cerca, por si acaso.

—Está bien, Jay. Como quieras. Cumple con tu deber de la forma que mejor te parezca.

Jay impartió órdenes a sus ayudantes.

Uno de ellos acompañaría a Farbes durante todo el día. El otro se quedaría en la oficina para atenderla.

Despidió a los hombres que habían montado la guardia y se retiró a su apartamento, en la segunda planta de un edificio contiguo a su despacho.

Jay se dio cuenta de que todos los hombres parecían sentirse más seguros después de esa noche. El hecho de haber impedido que James Milton cometiese uno de sus crímenes premeditados y anunciados con antelación, les daba la impresión de haber obtenido un gran triunfo sobre el asesino. Como si descubriesen de pronto que no era un ser infalible.

Jay se dejó caer en el lecho. Exhaló un suspiro de satisfacción al hundirse entre las sábanas, que olían a limpio, que le daban la impresión de formar como un remanso de paz y de felicidad.

Se durmió. Por poco tiempo.

Una hora más tarde lo sacó de su sueño el timbre del teléfono, que daba la sensación de sonar con más insistencia que de costumbre. Como si la impaciencia de la persona que llamaba se hubiese transmitido al aparato.

Sintió la tentación de estrellarlo contra la pared.

Al fin dominó su impulso y preguntó de mal talante:

—¿Quién llama? Soy el sheriff Fisher.

Jay se paralizó al escuchar la voz que le hablaba de una manera trémula y nerviosa. Olvidó todos los improperios que había pensado soltar a su interlocutor telefónico en el caso de tratarse de un pelmazo legalista.

—Ven pronto, Jay. Acabo de encontrar a Farbes muerto en el

lavabo de la gasolinera. Lo han asesinado.

CAPITULO 07

L sheriff examinó someramente el cadáver de Farbes, tendido en el suelo de los lavabos.

No hacía falta ser un lince para comprender cómo había ocurrido todo.

—Siento una sensación de vacío en el estómago, Jay —masculló el ayudante—. No porque me afecte la visión del pobre Farbes con la garganta seccionada. Es porque me parece que he fallado, que pude impedir que el criminal se saliese esta vez con la suya.

—No te culpes de nada, muchacho. Esto era muy difícil de prever. Nos encontramos ante un hombre astuto. A través de sus macabras actuaciones nos ha imbuido la idea de que sólo mata de noche. Todos nosotros tenemos esa psicosis. Eso, más que ninguna otra cosa, le ha permitido cometer su nuevo crimen y burlarnos.

—Me situé en la oficina de la gasolinera. Dispone de una ventana muy amplia, que permite distinguir todo el tinglado. Farbes sirvió a un cliente. Luego entró para dejar el dinero y dijo que iba a los lavabos. No me pareció conveniente acompañarlo. A ninguno de los dos nos pasó por la cabeza la idea de que la muerte acechaba precisamente ahí. James Milton debía estar escondido en uno de los reservados. Como puedes ver, los lavabos tienen otra salida a la parte posterior de la gasolinera. Y a partir de ahí se extiende ese denso arbolado.

Hizo una pausa antes de proseguir diciendo:

—Bien. Me extrañó su tardanza. Entonces, vine, temiendo que hubiese sufrido algún desvanecimiento. Lo encontré así. Me adentré por entre los árboles en busca de algún rastro. Pero no encontré nada y decidí avisarle.

—Ese tipo es muy listo. Mucho más listo que antes de ser ejecutado en la cámara de gas. James Milton jamás fue así de sutil. Ni siquiera antes de sufrir el accidente.

—¿Crees que el doctor Cooper pudo inculcarle una mayor inteligencia para el mal al mismo tiempo que lo volvía a la vida?

—No. El mensaje del asesino parece revelar que se trata de otro hombre. Otro hombre muerto también. Pero entre muerto y muerto, es más factible que se trate de James Milton.

—No entiendo nada, Jay.

—Ni yo mismo lo entiendo. Son ideas dispersas, que no acaban de

tomar cuerpo.

El cadáver fue llevado en una ambulancia al depósito del Country Hospital.

La voz de lo ocurrido se había extendido por Waden City como la llama por un reguero de pólvora.

Cuando la ambulancia fue a atravesar la verja de hierro del muro que rodeaba el hospital para llegar rectamente al depósito de cadáveres, lo hizo entre una doble hilera de gente silenciosa.

La muerte de Farbes, la forma en que se había producido, llevaba a todos una aprensión más profunda que la que venían sufriendo hasta ese momento. Porque significaba que el asesino no buscaba el amparo de las sombras de la noche para caer sobre sus víctimas. También atacaba a plena luz del día...

Jay reunió a varios hombres y efectuaron un registro del arbolado, buscaron alguna señal del criminal.

La grisácea claridad que precedía a las tinieblas llevaba el frío a las entrañas de las gentes.

Todo el mundo se retiraba a sus casas a esa hora. Muchos miraban debajo de las camas y en los armarios antes de cerrar y atrancar puertas y ventanas.

Waden City adquiría entonces el aspecto de una ciudad muerta. A pesar del brillo de sus luces.

Vicky acudió a la oficina de Jay a esa hora. Cuando el sheriff acababa de regresar.

La joven estaba muy pensativa, muy seria.

—Tengo la impresión de que los dos estamos pensando lo mismo —apuntó el joven—. En ese hombre aludido por Farbes. Ese hombre que tenía motivos para odiarlo. Y los dos pensamos en una misma persona.

Vicky hizo una señal de asentimiento.

—Sí, Jay. Los dos pensamos en una misma persona: en Ben Turner.

—El mismo. Tu prometido estuvo siempre muy relacionado con Farbes. Ellos estudiaron juntos en la Universidad. Siempre guardaron una buena amistad. Recuerdo que salíais los cuatro juntos a todas partes cuando Farbes había anunciado también su compromiso con Mina.

—Es cierto, Jay. Ellos dos organizaron esa excursión a México. Excursión a la que fueron todos los compañeros de Universidad que residen en Waden City. Pero Ben sufrió un accidente, su coche se precipitó por un acantilado y murió.

Jay paseó de un lado al otro con movimientos nerviosos, apresurados. Una señal de que su mente trabajaba a marchas forzadas.

—Recuerdo esos detalles. Se habló mucho de eso en la ciudad.

Todos llevaron sus propios coches. El acantilado era muy elevado y al fondo del mismo sólo se podía llegar por el mar. El coche se incendió y quedó al borde mismo de las aguas. Entonces ellos corrieron a avisar al pueblo más próximo. Pero no pudieron encontrar el cuerpo de Ben Turner. No estaba entre los restos del coche. La versión oficial fue que debió salir despedido al primer golpe y debió caer al mar. Rastrearón las aguas durante varios días. Pero no apareció nunca.

Se detuvo frente a Vicky.

Los dos jóvenes se miraron con fijeza durante largo rato. Transmitiéndose sus ideas, sus pensamientos más íntimos.

Jay apoyó sus manos en los brazos de la joven antes de decir:

—Seis hombres formaron parte de esa excursión. Farbes, Steel, Aster, Robert, Collier y el propio Ben. Farbes, Steel y Aster han sucumbido bajo el cuchillo del asesino. El hecho de que Steel y Aster formasen parte del jurado en el juicio seguido contra James Milton, nos despistó. Pero creo que al fin hemos encontrado el buen camino para llegar al fondo de este enigma.

—No podemos olvidar la muerte de Peter Milton.

—Eso es cuestión aparte. Tengo mi teoría de los hechos. Bien. Vamos a hablar con los supervivientes de la excursión. Tengo la intuición de que allí ocurrió algo muy extraño. Algo que es el origen de todo esto que estamos viviendo, la causa de esta alucinante pesadilla. ¿Por quién crees que debemos empezar?

—Por Collier. Es mucho más dúctil que Robert. Lo difícil estriba en poder encontrar a Collier sereno.

—Es cierto. Collier es un maldito borracho.

—No, Jay. Collier es un alcohólico, un enfermo.

Continuaron hablando mientras salían, subían al coche y Jay lo conducía hacia los barrios antiguos de Waden City, en los que se hacinaba la miseria y la podredumbre.

—¿Existe alguna diferencia notable entre un borracho y un alcohólico?

—Una diferencia absoluta, Jay. El borracho, aunque sea habitual, está capacitado para dejar la bebida cuando le parece. Una enfermedad o simple cargo de conciencia. El borracho puede llegar a alcoholizarse sin ser estrictamente un alcohólico. Bebe cuando le place y deja de beber cuando le parece bien.

Guardó un corto silencio antes de añadir:

—El alcohólico tiene una predisposición natural. No se sabe con certeza si nace o se hace. Pero sí que lleva como un germen especial, que lo distingue de los demás hombres. Ellos se comparan a los diabéticos. En el sentido de la predisposición especial para contraer la enfermedad. Al principio se emborrachan y quedan como nuevos con un café bien cargado o unos analgésicos. Pero un día despiertan y

sienten que todo su cuerpo tiembla. Las manos no pueden sostener un objeto. Y sus entrañas también tiemblan. Entonces ni el café ni los analgésicos sirven de nada. Necesita beber un trago para calmarse. Ese es el comienzo. A continuación notan un sentimiento muy aferrado de autodestrucción. Y buscan destruirse con el alcohol, cada vez en cantidades mayores para sentirse más tranquilos. Es horrible.

—Collier dejó de beber durante una larga temporada.

—Es verdad. Los alcohólicos se apoyan unos a otros. Están encuadrados en una organización que se titula los «Alcohólicos Anónimos». Se extienden por todo el mundo. Se reúnen y practican una especie de sicoterapia. Y no es la miseria lo que los arrastra. Bien. Collier recayó de nuevo. Después de esa excursión a México. No pudo resistir el atractivo del veneno, el afán de destruirse a sí mismo. Me pregunto si ocurrió algo que le impulsó a entregarse de nuevo a esa especie de destrucción física y espiritual.

—Es posible. Dentro de poco saldremos de dudas.

Jay adentró el coche por las calles que formaban el barrio antiguo, más estrechas que las nuevas arterias que habían ido surgiendo a medida que se acentuaba la prosperidad de la ciudad.

Se detuvieron ante una casa de cuatro plantas. Una casa de sórdido aspecto. Las paredes estaban desconchadas, acusando el paso del tiempo y de los elementos. Casas antiguas, edificadas con otros criterios distintos a los modernos. Casas levantadas en tiempos de escasez de viviendas, en detrimento de la comodidad del inquilino.

Las calles estaban allí tan desiertas como en los lugares céntricos de Waden City. El terror también se infiltraba entre la escoria de la sociedad que habitaba la ciudad.

Subieron una escalera mal alumbrada, de barandado casi demolido.

No se molestaron en llamar. La puerta del mísero apartamento estaba abierta.

Entraron en un hall donde algunos de sus muebles habían perdido ya sus formas.

El tapizado del diván estaba roto por varias partes y asomaban al exterior sus tripas y algunos de sus viejos muelles.

Encontraron a Collier sobre su lecho. En un dormitorio que era una imagen viva del desorden.

La alfombra rota y recogida, la mesilla abierta, dejando al descubierto un orinal cascarillado.

Collier se encontraba sobre el lecho, roncando ruidosamente. Un Collier de barba crecida, la ropa desaliñada.

En el suelo, dos botellas de whisky vacías.

Apeataba a cuerpo sudado, sucio. Apeataba a whisky barato, a aliento putrefacto.

CAPITULO 08

J

AY encontró sobre la mesilla un mensaje casi exacto a los que habían recibido Farbes y Aster. Confeccionado con recortes de periódicos.

Collier también estaba amenazado de muerte por el asesino.

Les costó lo indecible conseguir que el beodo pudiese abrir los ojos y entender algo. Largos tragos de café ingerido a la fuerza y trapos de agua fría aplicados en su nuca.

—Escucha, Collier —adujo Jay—. Es necesario que te esfuerces en meditar un poco en todo esto. Hemos visto ese mensaje del asesino. Para poder contrarrestar ese peligro necesito que respondas unas preguntas. ¿Qué ocurrió en México durante la excursión? Me estoy refiriendo al accidente de Ben Turner.

El alcohólico emitió una seca risita. Una risita que tenía mucho de amargura.

—Entiendo, Jay. Estás pensando lo mismo que yo. Que Ben Turner ha regresado de su tumba para vengarse. Es lo mismo que se me ocurrió a mí al saber las muertes de Steel, de Farbes y de Aster.

—Apremia, Collier. ¿Qué pasó allí?

—Verás, Jay. Me alegra que me lo preguntes. Siempre he sentido la necesidad de soltar todo este veneno que me corroe el alma. Lo he estado necesitando.

Guardó silencio antes de volver a hablar:

—Permanecemos un par de días recorriendo los pueblos de Sierra Madre Occidental. La idea era atravesar todo el macizo montañoso y acudir a la costa. Descubrimos algo mientras rodábamos por los malos caminos de las montañas. Un avión siniestrado. Se había estrellado contra un pico elevado cuando se dirigía desde San Francisco a la capital de México. Fuimos los primeros en verlo y nos acercamos a los restos del aparato, esparcidos por un amplio radio. Los equipajes también estaban esparcidos. Tanto como los miembros humanos. Era horrible. Robert encontró una cartera grande de cerradura numerada. El choque la había casi destrozado y pudimos abrirla sin esfuerzo. Pertenecía a un hombre de negocios californiano, que se trasladaba a México con un millón de dólares. No voy a entrar en demasiadas explicaciones. Nos tentó la codicia y decidimos llevarnos el dinero y llegar a un acuerdo sobre su destino.

Nuevo silencio, que el propio Collier rompió para aducir:

—Nos alejamos de allí antes de que llegasen los socorros enviados

al lugar del siniestro. Celebramos una reunión en un Motel cercano ya a la costa, no muy lejos de Mazatlán. Todos nos mostramos partidarios de quedarnos ese dinero. Nadie nos había visto, nadie iba a sospechar. Algunos restos del avión se habían incendiado y era fácil creer que el dinero se hubiese quemado. Robert necesitaba sacar su periódico a flote. Las deudas lo tenían frito. Lo mismo ocurría a Farbes con su gasolinera. Aster era muy ambicioso, lo mismo que Steel. Yo vacilé al principio, pero confieso que también me seducía la idea. Sólo Ben se mostró dispuesto a devolver ese dinero, a dejar las cosas como estaban. Hubo bronca. No pudimos convencerlo y se decidió llegarnos hasta Mazatlán y hablar con el comisario de policía de la ciudad mexicana.

Collier se vio precisado de callar para recobrar el resuello.

Los recuerdos de la excursión secaban su garganta como si los estuviese viviendo de nuevo.

—Esa noche, Robert nos convocó a todos, menos a Ben, por supuesto. Nos propuso un plan. Romper los frenos del coche de Ben esa misma noche. Al día siguiente rodaríamos por una carretera bastante accidentada, bordeando la costa, muy elevada en algunos trechos. Pero todos debíamos participar en esa acción. Para que todos fuésemos culpables. Robert quería matar dos pájaros de un tiro. Obtener ese dinero y tener libre el camino para ganar a Vicky. Bueno. Lo hicimos. Ahora me pregunto si Ben murió realmente en ese accidente o logró escapar con vida. Parece imposible. Vimos caer el coche al salirse de la carretera en una de las curvas de pronunciado descenso. No salió despedido fuera. Los restos del coche se incendiaron. Era imposible que Ben pudiese escapar vivo. Pero su cuerpo no estaba allí. Nosotros nos alejamos hacia Mazatlán nada más producirse el accidente.

Al terminar la narración, Collier buscó la botella en el cajón de la mesilla.

Jay no trató de impedirle beber. Todo sería inútil. Collier necesitaba algún tiempo para intentar volver a reponerse.

—Vamos a buscar a Robert —adujo—. Es necesario que hablemos con él.

Después de un largo trago, Collier se dejó caer de nuevo en el lecho, completamente ebrio.

El sheriff tomó las llaves que colgaban de un clavo de la puerta y cerró con doble vuelta desde afuera.

Volvieron a rodar, esta vez hacia la parte más limpia y confortable de la ciudad. Los barrios donde habitaban aquellos seres que lograron un puesto de mayor responsabilidad dentro de la sociedad.

El apartamento de Robert era espléndido. Contrastaba más aún

después de la miseria que habían dejado atrás.

Jay pulsó repetidas veces el botón que hacía sonar en el interior un suave tintineo.

Una voz bronca inquirió el objeto de la visita desde el otro lado. Una voz impregnada de un temor infrahumano.

—Abre, Robert —pronunció el sheriff—. Somos Vicky y Jay.

Sintieron el descorrer de los cerrojos y de la cadena de seguridad.

Pasaron al hall.

Sobre la mesita de centro, junto a la botella de whisky y un vaso, vieron un revólver. Y junto al arma, otro mensaje anunciando una sentencia de muerte.

Así se explicaba el pánico y las precauciones de Robert.

—Mira eso —susurró—. Mira eso, Jay. Estoy amenazado por el asesino. Otros hombres han recibido esa misma amenaza. Ahora están muertos. Ese tipo está loco de atar. Nunca tuve nada que ver con James Milton. Pero él quiere asesinarme. ¿Por qué, Jay? ¿Puedes decirme por qué?

Fue elevando el diapason de su voz a medida que hablaba. Hasta pronunciar las últimas palabras en un grito que tenía mucho de histérico.

—Te lo diré, Robert —replicó el joven—. Por una sencilla razón. Porque no se trata de James Milton. Después de haber hablado con Collier estoy convencido de esto. No es James Milton el asesino. Es Ben Turner. Lo sabemos todo. Collier nos lo ha contado todo. El encuentro del dinero en los restos del avión siniestrado y la avería intencionada en los frenos del coche de Turner.

A Robert se le desorbitaron los ojos. Durante largo rato permaneció inmóvil como una estatua, mirándolos boquiabierto.

De pronto reaccionó. Movi6 la cabeza en sentido negativo.

—No. Nada de eso es verdad. Collier ha mentido. Es un asqueroso borracho. Me odia. Quiere perderme. Todo es una burda mentira de ese cerdo.

—Carezco de pruebas, Robert. Pero iniciaré averiguaciones.

Robert fue a replicar airadamente.

La acusación despertaba en 6l una especie de instinto defensivo. Un instinto cargado de orgullo, de amor propio. El amor propio del hombre que ha conquistado una posici6n de privilegio y teme perderla. El hombre que recurre a todos los medios, l6citos o no, para auto defenderse y mantener enhiesta su dignidad.

Volvi6 a inmovilizarse.

La extraña melodía del asesino llegaba hasta el interior del apartamento. Daba la sensaci6n de penetrar a trav6s de todos los rincones y aguijonear el cerebro.

Robert perdi6 la cabeza. El terror, el instinto de vivir y el

resentimiento contra Jay lo empujaron en un impulso irresistible.

Empuñó el revólver que descansaba sobre la mesita y avanzó hacia la salida del apartamento.

—Ahora verá ese asesino quién soy yo —exclamó—. Voy a terminar con esa amenaza. No necesito la ayuda de nadie para acabar con el peligro.

Jay se apresuró a contenerlo por un brazo.

—Espera, no seas loco. Esto puede costarte caro. Un error que puedes pagar con la vida.

Pero Robert estaba demasiado enfurecido contra él y el mismo miedo no le permitía razonar serenamente.

Elevó la mano derecha y descargó un golpe con el revólver en el occipital del sheriff.

Jay cayó al suelo. No perdió el conocimiento, pero su cerebro fue invadido por una niebla alucinante.

Robert corrió afuera mientras Vicky se apresuraba a ayudar al sheriff.

Lo sintieron correr escaleras abajo.

Un trago de whisky reanimó a Jay.

La musiquilla de armónica cesó de súbito. Unos segundos más tarde restalló un arma de fuego en la escalera. Después, antes de que se hubiese extinguido el eco del disparo, se elevó un grito horrendo. Un grito que ponía frío en las venas.

El grito fue breve. Murió apenas iniciado. Pero parecía adherirse a los tímpanos y perseverar allí. Un grito difícil de olvidar.

Jay y Vicky se lanzaron abajo. Olvidando el sheriff el dolor de su cabeza golpeada.

El drama había tenido lugar en el segundo rellano. Robert estaba allí, en medio de un charco de sangre. Sangre que manaba a borbotones por la terrible herida de su garganta.

Jay no perdió el tiempo. Tomó a la joven por un brazo y la llevó hasta la calle.

—No hay tiempo que perder, Vicky. Llama a la comisaría desde esa cabina. Que mi ayudante se encargue de todo. Luego vete a tu casa. Espera allí. Yo te llamaré más tarde. Nadie va a tocar nada en el escenario del crimen. Todos los inquilinos del edificio han debido oír sonar esa armónica. No van a moverse aunque ocurra un terremoto.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Tratar de salvar a Collier. Después, comprobar un detalle importante, el que va a permitirnos salir de dudas acerca de la identidad del asesino.

CAPITULO 09

L

AS voces excitadas, los chillidos y sollozos que pudo percibir en el interior de los apartamentos cuando ascendía la escalera fueron suficientes para que Jay comprendiese que el asesino se le había adelantado.

La musiquilla siniestra había sido escuchada también allí. Por eso los ánimos estaban sobrecogidos.

La puerta del apartamento de Collier había sido abierta, sin duda con una llave maestra.

El pobre Collier continuaba sobre su sucio lecho. Abierta su garganta por el aguzado corte del cuchillo asesino.

Lo cubrió con una manta.

Collier había encontrado al fin la paz que su espíritu necesitaba.

El sheriff acudió seguidamente en busca del juez y le hizo firmar una orden judicial para poder abrir la tumba de la esposa del granjero Jorge, tío de Vicky.

El juez creyó conveniente acompañarlo, junto con el fiscal y uno de los ayudantes de Jay.

Más tarde efectuarían los trámites para el levantamiento del cadáver de Collier. Ahora se sentía muy interesado en lo que Jay esperaba encontrar en esa tumba.

Entre Jay y su ayudante removieron la tierra, hasta descubrir el ataúd.

Lo sacaron afuera. Sucio de tierra húmeda.

Un hedor fuerte atacó sus cavidades nasales.

Jay alumbró con su foco el fondo de la fosa.

Vieron un cadáver, que había permanecido debajo del ataúd. Un cadáver en franco período de descomposición. Pero identificable aún.

—Es el cadáver de James Milton —exclamó el juez.

—El mismo.

—Esto quiere decir que no es James el asesino. Que otro hombre está usurpando su personalidad para aterrorizar a la gente.

—Sí. Pero este asesino está aprovechando el terror implantado por James para realizar una venganza. Por decirlo así, se trata de otro resucitado. Todos los que estamos aquí ahora asistimos a sus funerales. Se trata de Ben Turner.

—¿Ben Turner?

—Sí, juez. Más tarde le explicaré todo el asunto.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Antes de morir, tío Jorge pronunció unas palabras. Después del nombre de James Milton, mencionó la palabra tumba. En un principio pensé que se refería a que James había vuelto de la tumba, que lo había visto con sus propios ojos antes de ser atacado. Al día siguiente, al sepultarlo cerca de su esposa, me di cuenta de que esta tumba parecía haber sido removida recientemente. Las flores estaban diseminadas de mala manera. Bueno. Después de los últimos acontecimientos he podido hallar la clave de las palabras de tío Jorge. Quiso decirme que había visto al asesino cuando efectuaba su trabajo en esta tumba.

—Nadie ha visto a Ben Turner en Waden City —susurró el fiscal—. ¿Cómo poder estar seguros de que se trata de ese hombre?

—Ya les he dicho que más tarde les daré una explicación de los hechos. Turner no se ha presentado ante nadie tal y como es. Pero recuerden que siempre fue muy aficionado al teatro. Actuó en varias ocasiones como aficionado en funciones benéficas. Era un maestro en la caracterización. Una mascarilla y nadie lo reconoce. Así ha estado imitando a James Milton. Eso explica el estatismo de su rostro.

—Bien. Regresemos a la ciudad —alegó el juez—. Vamos a terminar el trabajo. El cuerpo de Collier nos espera. Cuando hayamos terminado, ordenaré trasladar este cadáver al depósito del Country Hospital.

—Buena idea.

Jay dejó que su ayudante ocupase su puesto en la investigación rutinaria que debía llevarse a cabo en el apartamento de Collier.

El acudió en busca de Barber, del paralítico que compartió el apartamento con los hermanos Milton.

Escuchó voces que brotaban de los apartamentos. Voces de personas que regañaban. Pero sin elevarse, como si temiesen atraer sobre ellos la sombra siniestra del asesino.

Nadie respondió a sus llamadas y Jay se facilitó la entrada por medios poco ortodoxos desde el punto de vista de un policía.

El apartamento estaba vacío. Sin embargo, la silla de ruedas se encontraba en el centro del hall, junto a la mesa de tablero mugriento.

Su sospecha tomaba cuerpo. La parálisis de Barber era ficticia. Una buena coartada para alejar de sí las sospechas.

Jay fue a la oficina.

—La señorita Vicky acaba de llamar preguntando por ti, Jay —le dijo el ayudante—. Me pidió que tratase de localizarte para que te pongas en contacto con ella cuanto antes. Está en la granja de su tío.

—¿Qué demonios ha ido a hacer allí?

El sheriff se apresuró a discar el número correspondiente a la granja de tío Jorge.

La intuición del peligro despertó en su pecho. Un peligro horrible, cernido sobre Vicky. Por eso le sobrecogía más que si ese peligro le amenazase a él mismo.

Suspiró hondo al escuchar la voz de Vicky, inquiriendo si se trataba de Jay.

—Sí —respondió—. Soy Jay. ¿Quieres decirme...?

La joven lo interrumpió, no le dejó proseguir:

—Escucha, Jay. No me interrumpas. El tiempo apremia. Cuando llegué a mi apartamento encontré uno de esos mensajes del asesino. Era para mí. Ya puedes imaginar lo que dice. La ciudad ofrece mil recovecos, mil lugares donde un hombre puede ocultarse y burlar una persecución. Por eso decidí venir a la granja. Este parece un buen sitio para enfrentarse al asesino con cierta igualdad de condiciones. Me pareció una buena ocasión. Te espero, Jay. No tardes. No hagas caso de la aparente tranquilidad de mi voz. Estoy temblando por dentro. Tengo la impresión de haber oído unos ruidos cerca de la puerta.

—No abras a nadie hasta que yo llegue. Salgo disparado para la granja.

Jay oprimió el acelerador, a fondo, sacó al coche patrullero su máximo rendimiento.

El motor gruñó, como si protestase por el esfuerzo a que se le sometía en el ascenso de la empinada rampa que llevaba hasta la cima de la colina donde se erigía la granja.

La garganta de Jay emitió sonidos inarticulados al percatarse de la quietud, de la oscuridad y el silencio que envolvían la sencilla construcción y los cobertizos.

Sus manos se crisparon sobre el volante al pensar por un momento en que el asesino podía haberse adelantado.

No. No podía hacerse a la idea de encontrar a Vicky como había encontrado a la esposa de Farbes y a los otros hombres señalados por Ben Turner.

Frenó con brusquedad en el centro de la explanada que se extendía desde la entrada hasta los campos sembrados.

Su puño cayó sobre la puerta repetidas veces.

Sintió deseos de lanzar un aullido de alegría al oír la voz de Vicky preguntar desde el otro lado.

—Soy yo, Jay —pronunció.

Se abrió la puerta.

Jay se apresuró a entrar y cerró después de una patada.

Se miraron.

Vicky estaba asustada. El miedo había calado hondo en su ánimo.

De pronto se fundieron en un estrecho abrazo.

—El asesino está afuera, Jay —susurró—. Lo he sentido caminar en torno a la casa. Sin duda, buscando un punto por el que poder

entrar. Nunca antes había sentido esta sensación como de desamparo. Una necesidad de sentirme protegida por alguien. De verdad que han sido unos momentos terribles, Jay. Pero ya estás a mi lado. No sabes la tranquilidad que eso supone.

—Sí, Vicky. Yo también he pasado unos momentos terribles, temiendo llegar tarde. No has debido hacer esto. Tu idea es buena, pero demasiado arriesgada. Ese hombre sólo vive para la venganza. El odio más despiadado se alberga en sus entrañas.

Guardó un corto silencio antes de añadir:

—Voy a sacarte de aquí. ¿Dónde has dejado tu coche?

—En el garaje. Junto a la casa.

—Bien. Vamos allá. Te largas inmediatamente a Waden City. Entra en la oficina y quédate junto a mi ayudante hasta que yo regrese. Me quedo aquí. Buscaré a ese tipo. Estoy seguro de encontrarlo.

Al terminar de pronunciar estas palabras, Jay abrió la puerta y empujó a la joven para que saliese.

Avanzaron juntos hasta el pequeño garaje.

La mirada de Vicky se desvió en todas direcciones. Una mirada en la que se mezclaban el temor y la desconfianza.

Jay abrió la puerta de madera.

El interior estaba oscuro.

—¿Dónde está la luz, Vicky? —preguntó.

—En el marco, junto a la puerta.

El sheriff tanteó la pared.

Giró la llave y la luz de la bombilla que colgaba del techo iluminó nítidamente el interior.

Todo sucedió en unos segundos. La inundación de luz, el chasquido de la portezuela posterior del coche de Vicky, la brutal carcajada del asesino y su aparición en el hueco de la portezuela que acababa de abrir, empuñando un revólver que apuntaba rectamente contra Jay.

—Quieto, sheriff —pronunció—. Tira tu revólver al suelo. Lo dos estáis en mi poder. Ya ves que toda resistencia es inútil. Sólo lograría precipitar el final.

Jay asintió. Luego obedeció dócilmente la orden de su interlocutor.

El asesino salió del coche donde se había ocultado y avanzó más hacia ellos.

Entonces Vicky sufrió un acceso de nervios, un decaimiento de su entereza y buscó refugio en los brazos de Jay Fisher.

CAPITULO 10

A

pesar de conocer toda la verdad, para los dos jóvenes continuaba resultando impresionante ver las facciones de James Milton en ese hombre.

—Lo sé todo —adujo Jay—. O casi todo. El cadáver de James Milton está al descubierto en la tumba de la esposa de tío Jorge. Eres Ben Turner. Y también ese pseudoparalítico que se hacía llamar Barber.

La risita de Turner fue siniestra.

—Muy inteligente, Jay. Siempre dije que eras un buen sheriff. Trabajas aprisa.

—Escucha, Ben. Conozco lo ocurrido en México. Comprendo tu venganza, aunque me parezca horrible. Pero no tienes nada contra Vicky. Ella se quedó en Waden City. No tomó parte en la maquinación de tus compañeros.

Otra vez la risita siniestra. La evidencia de que Ben Turner sufría un trauma más profundo que el que marcó a James Milton en el pasado.

—Verás, Jay —habló—. Mientras mi coche se precipitaba al fondo del acantilado, mientras me precipitaba al encuentro de una muerte que parecía segura, comprendí todo lo que había ocurrido. Ya sabes a lo que me refiero. El plan de esos cerdos para poder librarse de mí y quedarse con ese dinero. Bien. La suerte me acompañó en cierto modo. Mi pierna izquierda, la clavícula del mismo lado y dos costillas se quebraron con el golpe. También sufrí un fuerte golpe en la cabeza, pero sin lesión importante. Pero no perdí el conocimiento.

Hizo una pausa antes de proseguir diciendo:

—Puedes imaginar el momento terrible que pasé envuelto por el fuego y luchando para poder salir de los restos del coche. Los hierros deformados me obstaculizaban el paso, y apenas sentía fuerzas en mi cuerpo por culpa de las lesiones. Lo logré. Pero me sentía otro hombre muy distinto al que subió al coche esa misma mañana para ir a Mazatlán a entregar el dinero y divertirse. La traición de los hombres a los que consideraba amigos, el dolor, la desesperación, todo contribuyó a que se efectuase ese cambio. Un cambio total. En lo físico y en lo moral. Todas las cosas las veía de forma distinta.

—Físicamente no has cambiado mucho, Ben —apuntó el sheriff—; esas lesiones se curaron bien.

—No, Jay. Mira esto. El fuego hizo estragos.

Al terminar de pronunciar estas palabras, Ben Turner arrancó la mascarilla que representaba las facciones estáticas de James Milton.

Quedó al descubierto un rostro horrible. Un rostro cubierto de costurones, de marcas rojizas y negras. La piel se recogía en extrañas arrugas, hasta hacerle perder toda apariencia humana.

Vicky se cubrió la cara, horrorizada por la visión.

—¿Comprendes mejor ahora, Jay? —masculló—. La idea de la venganza se clavó en mi mente desde ese instante. Me arrastré por entre las rocas como una alimaña. El agua me llegaba en ocasiones hasta la cintura. Pero conseguí mi propósito de alejarme de allí sin ser visto por los hombres que llegaron más tarde al lugar del accidente. Nunca he podido explicarme cómo pude llegar hasta las cercanías de un poblado de pescadores. Allí fui recogido, exhausto, por un matrimonio de míseros pescadores. Compré su silencio con dinero. El médico que curó mis heridas también prometió callar. Los dólares son muy apreciados por la gente.

Jay abatió la cabeza por un momento.

Se hacía cargo del estado de ánimo de Ben Turner. Todo su ser había experimentado un cambio notable después de la acción de sus compañeros. No se le había ocurrido emprender una acción legal contra ellos. No. Ben prefirió llevar a cabo una venganza sangrienta, impelido por el trauma sufrido en su cerebro.

—Primero pensé en la forma de situarme en Waden City sin que nadie pudiese descubrir mi personalidad. Fue una buena idea lo del paralítico Barber. Después medité largamente la venganza. No quería tener fallos. Entonces vino James Milton a facilitarme las cosas. También el doctor Cooper me ayudó, de una forma involuntaria por su parte. Esa noche decidí robar el cadáver del pobre James y hacerlo revivir a los ojos de todo el mundo. Hacer que continuase la psicosis de terror, favorecía mis planes. También estaba el hecho de que Aster y Steel hubiesen formado parte del jurado. Bueno. La víctima inocente fue tío Jorge. Pero me sorprendió cuando terminaba de cubrir la tumba. Lo sentí llegar y no tuve más remedio que matarlo.

—¿Y Peter Milton? También fue una víctima inocente.

—Peter era un buen hombre, es cierto. Pero se había dado cuenta de algunas cosas. El debió descubrir la silla de ruedas en mi cuarto la noche que robé el cadáver. Por eso te llamó, Jay. Creo que sospechaba la verdad. Su acción me obligó a actuar demasiado aprisa. Mientras descendíais las escaleras me coloqué la mascarilla de James. Toqué la armónica y aceché en el descansillo. Luego entré en el apartamento, dejé la mascarilla oculta en la misma silla y la derribé. Pasé un mal momento. Pero todo salió bien. Creo que todo lo demás ya lo conoces. Me hubiese gustado que mi verdadero nombre figurase en todo. Pero era preferible postergar eso en aras de una mayor efectividad,

haciendo creer que James Milton había salido de su tumba.

—Lo entiendo todo, Ben —habló el sheriff—. Vicky continúa fuera de todo eso. Ella no te ha hecho ningún mal.

—Supongo que recuerdas lo que dije a Farbes en el mensaje. Él amaba mucho a Mina. Antes de matarlo quise que experimentase el dolor que se siente al perder al ser que más se ama. Yo he amado a Vicky con todas mis fuerzas. Y la perdí por culpa de esos cerdos. No podía soñar con regresar junto a ella. Todo estaba terminado. Bien. No quiero que Vicky sea de ningún otro hombre. Ella me pertenecía. Así me pertenecerá siempre.

—Estás loco. Pero no puedes llevar tu locura hasta ese extremo. Tu venganza ha terminado. Todo el mundo sabrá lo que hicieron esos hombres. Es suficiente. Condenar a Vicky a la muerte supone un crimen que se aparta de toda esa lógica elaborada por tu cerebro enfermo.

Brilló la mirada de Ben Turner de un modo especial.

—Yo moriré inmediatamente después que ella, Jay —habló en un tono escalofriante, evidenciando su locura—. Así estaremos juntos para siempre. Vicky me pertenece por entero. La vida no pudo unirnos. Nos unirá la muerte. Pero tú vivirás. Vivirás para contar todo esto. Quiero que el barro ensucie a todos esos gusanos aun después de muertos.

Cerró su mano izquierda en el antebrazo de Vicky y tiró de la joven para apartarla de Jay.

Gritó la mujer. Un grito de terror desbordante.

Jay entró en acción, aprovechó la oportunidad que le brindaba el gesto de Ben Turner.

Su cuerpo se proyectó hacia delante y su mano se engarfió con inaudita rapidez en la muñeca del asesino.

Turner apretó el gatillo y la bala hirió el muslo izquierdo del sheriff.

Cayeron al suelo, forcejeando.

Jay sintió repugnancia al ver tan cerca de sus ojos el rostro deformado de Ben Turner, al sentir su aliento estrellándose en su cara.

Le retorció el brazo. Logró que la negra boca del cañón del arma apuntase a la frente del propio Ben.

—Abre la mano, Ben —jadeó—. No trates de resistir más. Esto es el fin.

El bramido de Turner coincidió con su último y desesperado esfuerzo para librarse del dominio de Jay.

Falló. La contracción nerviosa hizo que su dedo oprimiese el gatillo.

La bala destrozó su cabeza, aumentó el horror de la visión que ofrecía.

Vicky no pudo resistirlo. Corrió afuera gritando al borde la histeria.

La alcanzó Jay. Renqueando, sintiendo el tibio calor de la sangre que resbalaba por su pierna herida.

Vicky se abrazó a él, rompió, en fuertes carcajadas, en gritos excitados.

El sheriff la abofeteó en las mejillas.

El dolor la hizo volver en sí.

Entonces avanzaron hacia el coche patrullero, dejando atrás el horror representado por Ben Turner.

Caminaban muy juntos, entrelazándose mutuamente.

Se detuvieron junto al coche.

—Perdóname, Vicky, por haberte golpeado. No he tenido otro remedio. Que yo sepa, es la mejor terapéutica para los estallidos de los nervios. Y los tuyos habían estallado.

Se abrazaron.

—Tienes que perdonarme a mí, Jay. Me he portado como una estúpida. Pero no he podido contenerme.

—El pobre Ben estaba loco, trastornado de una manera total. Esos malditos ambiciosos destrozaron su mente y su espíritu.

—Sí. Robert, Farbes y los demás. Hombres que se rodeaban de una apariencia de dignidad, de elevación personal. Cuando estaban podridos en sus entrañas.

—Bien. El terror ha pasado. Tienes en perspectiva unos artículos sensacionales. Una exclusiva, que contribuirá en mucho a devolver la tranquilidad a los habitantes de Waden City. Sólo la tranquilidad, porque el olvido tardará muchos años en llegar. La costumbre de mirar en ciertas partes de la casa antes de retirarse a descansar no se perderá tan fácilmente. Pero todo llega en este mundo.

—No sé si escribiré esos artículos, Jay —adujo ella—. Me siento como debe sentirse una persona que ha rebasado los ochenta años. Sin ánimos para nada. ¿Sabes? Después de todo lo ocurrido sólo pienso en un hogar tranquilo. Un hogar en el que gastar mis energías y buscar una felicidad futura.

Jay la estrechó más entre sus brazos.

Se inclinó sobre ella y besó sus rojos labios. Labios que siempre había deseado poseer.

—Yo te brindo ese hogar, Vicky. Ese hogar y esa felicidad futura. Ya conoces mis sentimientos.

Vicky se empinó para besarlo a su vez.

—Acepto, Jay.

—Bueno. Siempre me ha gustado ser sincero y reconocer las cosas como son. Sé que esto es un pobre triunfo en apariencia. Vienes a mí porque en este momento soy el único agarradero que se te ofrece. Pero

no me importa. No me importa porque sé que me amarás y serás feliz a mi lado.

Vicky ocultó su rostro en el pecho del hombre. Sin responder nada.

Jay había dicho toda la verdad de su presente. Pero ella también intuía que esas mismas palabras encerraban una auténtica profecía.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

APASIONANTES
TEMAS
PARA EL
MUNDO
DE HOY

LA REENCARNACION.
LUTERO.

LA NIGROMANCIA.

DRACULA.

BRUJOS E ILUMINADOS.

EN TRANCE.

LAS HUELLAS DE
LA MALDICION.

HISTORIA DE LA C.I.A.

LA PENA DE MUERTE.

VAMPIRISMO.

FUEGO PURIFICADOR.

VISITAS COSMICAS.

EROTISMO EN
LA MITOLOGIA.

LA DEMENCIA INCIPIENTE.

LUZ Y TINIEBLAS.

EL JUICIO FINAL.

VUDU. SANTERIA.

MACUMBA.

VISION MEDIUMNICA.

EL F.B.I.

HOMOSEXUALES

Y LESBIANAS.

EL HORROR NAZI.

LA HONORABLE TRATA.

LOS TEMPLARIOS.

EL AÑO 2001.

Pídalos en su kiosko habitual



Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. 30 PTS.